

Selección TERROR

Burton Hare

LA PUERTA NEGRA DEL INFIERNO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

540 – La muerte pregunta por ti, *Ada Coretti*.
541 – Terror en la Antártida, *Joseph Berna*.
542 – Tiempo muerto, *Lou Carrigan*.
543 – El anillo de Asfelgoor, *Adam Surray*.
544 – El engendro de Kroozgaar, *Kelltom McIntire*.

BURTON HARE

LA PUERTA NEGRA DEL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 545
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 23.134 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: agosto, 1983
1ª edición en América: febrero, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Marcia sorbió distraídamente el Martini con aire aburrido. Oía el rumoreo de las conversaciones a su alrededor, en el gran salón de la residencia de los Farnings, pero ni siquiera prestaba atención a las voces.

Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la invitación de Leyla para esa cena que, a menos que ocurriera un milagro, amenazaba con ser tan aburrida, sosa y falta de interés como la mayoría de las que asistía de un tiempo a esta parte.

Hombres vestidos de etiqueta, animándose con bebidas en ese inicio de la velada. Mujeres elegantes, con vestidos exclusivos y joyas chispeantes, y entre todos ellos nadie con suficiente fascinación como para dar interés a unas horas muertas del fin de semana.

Una mujer, demasiado gruesa para su gusto, le susurró al oído:

—¿Te aburres, querida?

Marcia sonrió.

—Como de costumbre.

—Leyla me ha prometido una sorpresa esta noche.

—¿De veras?

La mujer puso los ojos en blanco.

—¡Fascinante! —dijo con voz queda—. Esa es la palabra que ella ha empleado: Fascinante.

—¿De qué se trata?

—Oh, eso no ha querido decírmelo. De lo contrario ya no sería una sorpresa.

—Bueno, ojalá sea algo que rompa la monotonía.

La mujer obesa se fue a dar la buena nueva a alguien más y Marcia volvió a quedar sola, sentada en el extremo del diván. Paseó la mirada distraídamente por encima de toda aquella elegante y sofisticada concurrencia. Pensó que el periódico local describía la fiesta de los Farnings con grandes aspavientos, como si fuera realmente algo muy sugestivo y fuera de lo común, a pesar de que ningún redactor de los tres o cuatro con que contaba el semanario hubiera sido autorizado a meter la nariz más allá de las altas verjas del jardín.

Entonces, en el cénit del aburrimiento, el hombre apareció bajo el gran arco de entrada al salón y Marcia dio un respingo, súbitamente interesada.

Tal vez fuera cierto que Leyla había preparado aquella sorpresa. Y si no la había preparado la dueña de la casa, no cabía duda que la cosa aún podría ser más excitante.

El recién llegado era un hombre de unos treinta años, alto,

delgado y fuerte. Llevaba el traje de etiqueta con elegante descuido. Se había parado allí mirando a cuantos ocupaban el salón, con el ceño fruncido.

Su rostro era anguloso y había una curiosa expresión de hastío en él. O quizá fuera una sombra de amarga tristeza, pensó Marcia sin quitarle ojo.

Sus ojos eran profundos, y habrían podido ser hasta atractivos si hubiesen tenido un asomo de vitalidad, de interés por algo. Sólo que no tenían nada de eso. Eran tan inexpresivos como los de un pescado, y había ligeras sombras de disipación en torno a ellos.

Al fin, el dueño de la casa le descubrió y dio un respingo.

Con voz sonora exclamó:

—¡Qué me ahorquen, miren quién está ahí!

Fue al encuentro del recién llegado y estrechó su mano.

Las gentes elegantes le miraron y hubo algunos cuchicheos en voz baja entre las damas. Los caballeros avanzaron para estrechar su mano y darle también la bienvenida.

Marcia se estremeció. Apuró el resto de su bebida y permaneció donde estaba, la mirada prendida del hombre que no parecía muy satisfecho por el interés despertado.

Finalmente le dejaron en paz y él descubrió a la muchacha sentada en el diván. Esbozó una mueca que muy bien podía pasar por una sonrisa tensa y, abriéndose paso entre los invitados, fue a reunirse con ella.

—Hola, Marcia —murmuró.

—Me alegro mucho de verte, Tony.

—Seguro. Como de ver al diablo.

—No empieces de nuevo. Siéntate aquí y cuéntame algo. Me muero de aburrimiento.

—Como de costumbre en casa de mi hermano.

Se hundió en el diván, al lado de la hermosa muchacha.

Esta indagó:

—¿Eres tú la sorpresa que tu cuñada nos tenía reservada?

—¿Sorpresa?

—No, supongo que no eres tú.

—Leyla pagaría una fortuna para que yo desapareciera, así que no creo que mi llegada sea para ella un acontecimiento.

—Pero lo es para mí.

El la observó pensativo, con el ceño fruncido y una mirada vacía en sus pupilas.

—Lo creo —concedió—. Tampoco debías contar con mi presencia.

—Ciertamente, no. ¿Te invitó tu hermano?

—No me invitó nadie. Ni siquiera sabía que esta noche se celebraba algún acontecimiento en la casa.

—Entonces, ¿a qué viniste?
—Quise despedirme de Artie.
Marcia apenas pudo disimular un respingo de sorpresa.
—¿Es que te marchas?
El se encogió de hombros.
—Ya no soporto esta vida estúpida, la ciudad, el vacio. Me largo.
—¿Adónde?
El desvió la mirada.
—A cualquier parte.
—Tony...
—¿Si?
—¿Qué te ocurre?
—No sé de qué estás hablando.
—Yo creo que sí lo sabes, aunque no sea éste el mejor lugar para hablar de eso. Pero convendrás conmigo que desde tu regreso, nadie sabe de dónde, no eres el mismo. Algo muy grave debe haberte sucedido para que...
El la atajó con un gesto.
—Olvídalo. Y cambia de tema, por favor. ¿Qué era eso de una sorpresa preparada por mi estimada cuñada?
—Lo ignoro, sólo sé que nos prepara una sorpresa.
—¿No será un nuevo plato de su cocinero francés?
Marcia no replicó. Anthony hizo una seña a una sirvienta que circulaba con una bandeja cargada con bebidas y cuando ella se acercó atrapó dos, una en cada mano, y esbozó una sonrisa.
La chica se alejó.
Marcia gruñó:
—¿Piensas embriagarte antes de la cena?
—Tanto da antes como después. No debí haber venido.
—Tony...
—No voy a emborracharme, palabra.
—Antes confiabas en mí.
—¡Tú confiabas en mí.
—¡Tú qué sabes! Nunca confié en nadie.
—En mí, sí.
El sacudió la cabeza. Sus facciones se crisparon un instante.
—No —masculló entre dientes—. Tampoco en ti pude confiar.
—No puedes haber olvidado el pasado. «Nuestro» pasado..-
—Si te refieres a lo que imagino, no lo olvidé, por supuesto. Pero eso no tiene nada que ver con lo otro.
Marcia tendió la mano y apretó sus dedos. Notó la tensión en la mano de él y susurró:
—¿No podríamos intentarlo de nuevo?
—Edificar sobre las ruinas siempre fue un mal negocio.

La voz de la muchacha tembló ligeramente cuando dijo:

—Yo nunca olvidé. Y aún poseo el bungalow en la playa. No he vuelto a habitarlo desde entonces.

Bruscamente, él vació la segunda copa y se levantó. Con voz seca gruñó:

—Entonces véndelo, si no te sirve para nada.

Y se alejó sin volver la cabeza, entre la gente, apenas respondiendo a los saludos o las frases que le dirigían.

Marcia le siguió con la mirada. Sentía un sordo dolor en el corazón, como si algo se desgarrara dentro de ella, algo muy profundo y querido.

No sabía si era realmente el amor que sentía por aquel hombre, o las reminiscencias que conservaba en su cuerpo de su salvaje apasionamiento y que de vez en cuando la desesperaban, exigiéndole ser de nuevo satisfechas. Sólo que sabía que con ningún otro alcanzaría las cimas del placer, de la vida... y de la depravación quizá que había sentido en los brazos de Tony Grant.

Le vio hablar con su hermano. En realidad eran hermanastros y Artie Farnings era el mayor de los dos, pero Marcia no ignoraba el profundo afecto que los había unido siempre.

Poco después anunciaron la cena y ésta transcurrió con la acostumbrada corrección.

Fue al final del banquete cuando la dueña de la casa anunció su sorpresa.

Y fue, realmente, toda una sorpresa.

CAPITULO II

Leyla Farnings dijo:

—Creo que todos deben saber que dentro de unos minutos tendremos con nosotros a un hombre misterioso, al más fascinante que ha pasado nunca por nuestra aburrida comunidad. Esta es la sorpresa que tenía anunciada.

Fijándose en la cara de Artie Farnings, Marcia pensó que a él no debía fascinarle precisamente el desconocido individuo de quien hablaba su mujer.

Esta prosiguió:

—Nadie puede imaginar lo que me ha costado convencerle de que todos estábamos ansiosos por conocerle. Desde luego, se negó en redondo a asistir a la cena, pero al fin accedió a acompañarnos más tarde. Ahora debe estar a punto de llegar.

Al lado de Marcia, Anthony gruñó:

—¿De quién demonios está hablando?

—No lo sé, Tony.

Leyla Farnings prosiguió:

—Ruego a todos que no le asedien demasiado. El detesta ser acosado por los curiosos, pero es un hombre extremadamente correcto. El es... Alexis Vauvil.

Pronunció el nombre casi con reverencia, dándole todo el énfasis que merecía.

Hubo un excitado murmullo, especialmente entre las señoras. Por lo visto, el nombre había caído como una bomba entre ellas. No obstante, Tony murmuró al oído de Marcia: —¿Quién es Alexis Vauvil?

—¿Es posible que no hayas oído hablar de él?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

Marcia le miró de reojo, asombrada. Luego susurró:

—No se habla de otra cosa desde que llegó para establecerse aquí. Compró la vieja casa de los Sherman, hizo algunas obras de restauración y desde entonces vive casi retirado en ella.

—Bueno, pero, ¿quién es, qué tiene de «fascinante»?

Marcia esbozó una sonrisa y musitó:

—La gente dice que tiene «poderes».

—¿Tiene qué...?

La voz de su cuñada le interrumpió y se quedó mirándola.

Desde luego, Leyla era toda una belleza. Segura de sí misma, consciente de su posición privilegiada en la sociedad de Farmington Heights gracias al poder y el dinero de su marido, para Tony resultaba excesivamente altiva y fría.

—...y estoy segura de que a todos les encantará conocer personalmente al señor Vauvil —terminó la dueña de la casa.

Tony sacudió la cabeza.

—Cualquiera pensaría que se dispone a recibir al presidente de Estados Unidos —rezongó.

Marcia esbozó una sonrisa.

—Para muchas mujeres es más interesante Alexis Vauvil que el presidente.

—¿Y para ti?

—No le conozco personalmente, pero he oído hablar de él. Es de esos hombres que atrae a las mujeres nadie sabe por qué.

Se levantaron de la mesa y volvieron a reunirse todos en un gran salón exquisitamente decorado y cómodo, donde les fue ofrecido café y licores.

Tony Grant se apartó hasta el ventanal. Había una butaca pegada al rincón y se hundió en ella fastidiado, y considerando seriamente la idea de largarse de una vez.

Desde allí vio entrar al hombre «fascinante» y enarcó las cejas, sorprendido ante el revuelo que su presencia despertaba.

Alexis Vauvil era un hombre muy delgado, de seis pies de estatura y una cabeza grande coronada por una revuelta cabellera negra como la tinta.

Todos sus movimientos eran lentos, calmosos, como si se moviera a cámara lenta. Tony escrutó su rostro, huesudo, pálido y ascético, y no llegó a ninguna conclusión respecto a aquel individuo. Unicamente sus ojos, profundamente oscuros, destacaban de modo sorprendente, porque estaban dotados de un poder de penetración realmente inquietante.

Desde el rincón, estuvo viendo cómo todo el mundo quería estar cerca del recién llegado, oírle hablar o estrechar su mano.

Leyla era consciente del éxito obtenido, y Tony se preguntó qué pensaría su hermanastro de todo aquello.

De pronto, Marcia apareció a su lado con una pálida sonrisa en los labios.

—¿Qué te parece, Tony? —murmuró.

—¿Y a ti? Porque se supone que es «fascinante» para las mujeres. A mí, por descontado que no me fascina...

Ella se echó a reír.

—A mí tampoco, pero ha sabido rodearse de una extraña aureola de misterio y eso es lo que atrae a la gente, supongo.

Tony volvió la cabeza hacia el compacto grupo cuyo centro era el extraño personaje. Este vestía de oscuro y llevaba los cabellos muy largos. Sus cejas eran espesas como cepillos y Tony Grant volvió a fijarse en los ojos, porque ciertamente eran los más inquietantes que

pudieran darse en un ser humano.

Marcia dijo con voz queda:

—Vamos, levántate y deja que te lo presenten... es lo correcto, digo yo.

A regañadientes, Tony obedeció, siguiendo a la muchacha hasta donde Leyla resplandecía junto a su invitado de honor.

Artie Farnings tenía el ceño fruncido, pero se esforzaba por estar a la altura de las circunstancias. Fue él quien descubrió a su hermanastro y a Marcia y exclamó: —Un momento, querida... Señor Vauvil, permítame presentarle a mi hermano, Anthony. Esta es Marcia Hayden, una íntima amiga nuestra.

La profunda y quieta mirada del personaje les examinó alternativamente, fija como la de una serpiente. Marcia sintió un extraño temor ante aquellos ojos.

Luego Vauvil tendió la mano y estrechó las suyas sin mucha energía, murmurando algo que no entendieron.

Tras esto dijo con voz calmosa:

—Lamento haberme retrasado... Io lamento mucho. Tuve un inesperado compromiso a última hora.

Leyla aseguró que eso no importaba en absoluto. Ordenó el mayordomo que sirviera café y licores al recién llegado y hábilmente encauzó la conversación con Alexis Vauvil y las señoras que le rodeaban.

Fastidiado, Tony retrocedió encendiendo un cigarrillo.

Junto a él, Marcia murmuró:

—¿Cuándo piensas marcharte, Tony?

—¿De aquí? En cuanto apure el cigarrillo.

—No me refería a esta noche.

—Ya veo... No sé, mañana, o pasado a más tardar.

—¿No quieres decirme siquiera a dónde irás?

El la miró de soslayo. El bellísimo rostro de la muchacha estaba pálido y tenso.

—¿Para qué? —gruñó—. No vale la pena hablar de eso.

Marcia iba a replicar apasionadamente, cuando la voz profunda, un poco ronca, de Vauvil se alzó por encima del mosconeo de las otras voces, replicando a alguien.

Dijo:

—Por supuesto que ustedes no creen. Sé sin lugar a dudas que para ustedes todo esto son ridículas supersticiones. No creen en el cielo ni en el infierno, ni en poderes ocultos ni en apariciones, o transmutaciones de personalidad. Sólo creen en lo que llaman progreso, en el pragmatismo de una vida manejada por simples motivos económicos, de prestigio. Una vida regida por computadoras. Para ustedes, como para la inmensa mayoría de las gentes, yo no soy

más que un hábil charlatán.

Leyla emitió un gritito.

—¡Pero querido profesor! —exclamó—. Nadie de los que estamos aquí piensa eso, estoy segura. Si usted fuera simplemente un embaucador, puede tener la absoluta certeza de que yo no le hubiera invitado jamás a un fin de semana en nuestra casa.

Alexis Vauvil sonrió. Su rostro anguloso resultó más inquietante que nunca a pesar de la sonrisa.

Luego dijo placenteramente:

—No nos engañemos, querida señora Farnings. Yo soy la atracción de su fin de semana y puedo asegurarle que no me molesta en absoluto esta circunstancia. Le diré más aún, algunos de mis más fanáticos seguidores proceden de reuniones mundanas como ésta.

Tony carraspeó:

—Permítame una pregunta, señor.

El hombre se volvió hacia él. Le observó un fugaz instante y sus ojos se achicaron.

—Claro, las que guste.

—Esos seguidores de que habla, ¿qué creen realmente, por qué les llama «seguidores»? Eso induce a pensar en alguna extraña religión, un culto. ¿Me equivoco?

—En absoluto. «Es un culto» lo que siguen, lo que creen, lo que practicamos.

—¿Y piensa sinceramente que puede convencer a alguno de nosotros, convertirnos en fieles asistentes a sus ceremonias, o cómo sea que las llamen?

La mirada de Leyla, despedía chispas cuando estalló:

—¡Tony, por favor, te ruego que te calles!

Pero el profesor Vauvil esbozó un gesto de calma y dijo:

—Por favor, querida señora, las preguntas de ese joven no me molestan, en absoluto. Estoy habituado a la incomprensión humana. Y en cuanto a la respuesta, le diré, señor Grant, que no pretendo convencer a nadie. Nunca he obrado con la intención de captar adeptos. Pero ellos vienen a mí de todos modos, como vendrían indefectiblemente los que, estando aquí esta noche, fueran elegidos. Yo no podría evitarlo aunque lo quisiera.

Una mujer de senos opulentos y larga cabellera rubia exclamó con voz aguda, excitada:

—¡Entonces haga algo que nos convenza, profesor!

—Una vez más se equivocan. Si yo fuera un prestidigitador o un charlatán de feria ambulante, podría distraerles con algunos trucos hábiles y divertidos, pero debo insistir en que eso queda fuera de mis facultades. Mucho me temo que mis... habilidades no serían causa de diversión precisamente.

De nuevo Leyla se escandalizó:

—¡Nadie piensa que usted...!

El la interrumpió con un ademán. La fulminante mirada de sus ojos padecía haberse encendido con un fuego oculto y poderoso.

—No se preocupe, señora. Estoy acostumbrado a todo esto. Ya no me ofende. Ni siquiera me molesta. Comprendo al género humano. ¿No voy a comprenderle, teniendo acceso a unos poderes tan colosales que están fuera del alcance de la inteligencia común?

Tony le espetó:

—Eso sí que es interesante, profesor. ¿A qué poderes se refiere concretamente?

De nuevo los ojos demoníacos de aquel hombre se clavaron en Tony Grant. Pero se necesitaba algo más que eso para preocuparle.

—No creo que ni siquiera usted, con su mente habituada a los hechos concretos, al análisis de cada circunstancia, a la reacción fulminante frente a situaciones súbitas e inesperadas; con su mente adiestrada hasta más allá de la lógica, ni usted, repito, podría captar la verdad.

Tony sintió un escalofrío.

—¿De dónde saca todas esas conclusiones respecto a mí, profesor?

—¿No son ciertas?

—Bueno...

—Lo son. Y ya que han provocado ustedes el tema, dígame, amigo mío: ¿Es usted capaz de creer que un hombre vivo pueda tener comunicación con otro ser humano... muerto?

Tony sacudió la cabeza.

—Naturalmente que no.

Alexis Vauvil se había sentado en un confortable butacón. Se retrepó en él sin apartar la mirada de Tony y murmuró: —No obstante, yo lo he conseguido. ¿Cómo? Lo ignoro. No lo sé. Poseo ese poder. Y otros que también desconozco cómo me fueron concedidos... pero que están dentro de mí, potenciando mi mente hasta extremos que yo mismo me resistía a creer en un principio, hasta extremos que me asustan a veces. Quizá el secreto resida en la concentración mental. El poder del cerebro humano puede resultar infinito... si se sabe cómo manejarlo.

—En este punto estamos de acuerdo —replicó Tony—, Los hipnotizadores han demostrado que mediante la hipnosis puede efectuarse una intervención quirúrgica sin que el paciente sienta ningún dolor, a pesar de no haber sido anestesiado. Y eso es sólo un ejemplo. Pero entiendo que usted no se refiere a hipnotismo en absoluto.

—No tiene nada que ver una cosa con otra, señor Grant.

—Bien, quizá quiera concretar un poco más.

Leyla estaba roja de ira.

—¡Basta, Tony! Deja en paz a nuestro querido profesor.

De nuevo, Vauvil esbozó un gesto, calmándola.

—No me disgustan las preguntas de su cuñado, señora. Y por supuesto que voy a concretar un poco más, señor Grant. Yo hablo de un poder surgido del más allá, de las tinieblas. Ese poder no puede concentrarse en las manos ni en ningún otro órgano del cuerpo humano. Sólo en la mente. En el cerebro.

—Un momento. Usted habla de un poder de las tinieblas. Para imaginaciones, digamos... profanas como la mía, eso se presta a extrañas conclusiones. Desde siempre se ha asociado el poder de las tinieblas con el demonio, con Satán. ¿Me equivoco?

Se hizo un tenso silencio mientras el profesor permaneció callado, sosteniendo la mirada de Tony sin ninguna expresión en su rostro inquietante.

Luego, al fin, dijo:

—No se equivoca.

—Entonces todo se basa en una superstición, profesor.

—¿Cree usted realmente que Satán es sólo una superstición, amigo mío?

—Estoy convencido de ello.

—Dígame... mi joven amigo. ¿En qué cree usted?

Tony soltó un juramento entre dientes. Sostuvo la mirada aguda de aquel hombre y barbotó:

—En nada, profesor. En nada absolutamente.

—Ni en el cielo ni el infierno, ni en el bien ni en lo que llaman el mal. Ninguna religión, ninguna creencia sobrenatural...

—Así es.

—Sería interesante que pudiera explicar qué razones le han llevado a esa total desolación interior, a ese vacío espiritual, amigo mío.

—En cualquier caso, lo explicaría a un sicoanalista... si alguna vez llegara a necesitarlo.

De nuevo Leyla dio un respingo. Iba a intervenir, roja de ira, cuando la mano de su marido apretando la suya casi con violencia la obligó a callar.

Vauvil sonreía. Dijo:

—Naturalmente. Son cosas para un sicoanalista. Mucho me temo que aquí, en una reunión social y amistosa como ésta, causarían una conmoción.

Tony dio un respingo. A su lado, Marcia le vio palidecer hasta la raíz de los cabellos.

Con voz ronca gruñó:

—¿Qué pretende decir con eso?

Vauvil no replicó porque la mujer rubia soltó otro gritito excitado, insistiendo una vez más:

—¡Háganos una demostración, profesor, aunque sólo sea para hacer callar a ese incrédulo de Tony!

El misterioso personaje la miró de soslayo. Su rostro no expresaba otra cosa que un absoluto fastidio. Se encogió de hombros y dijo: —De acuerdo, pero siempre prefirió utilizar argumentos dialécticos para convencer a mis detractores, antes que cualquier otra demostración, por muy espectacular que pueda parecer.

Al lado de Tony, Marcia no apartaba la mirada del rostro crispado de éste. Aquellas palabras del profesor parecían haberle afectado profundamente.

Ahora se había hecho un silencio absoluto en el gran salón. Vauvil miró en torno con aire ausente, hasta que sus ojos se fijaron en la gran chimenea que adornaba un lienzo de pared.

Estaba apagada y limpia, porque no era aún tiempo de utilizarla en esas fechas del final de un verano caluroso. Sin embargo, y por efectos decorativos, había unos troncos colocados en el hogar artísticamente.

Vauvil murmuró:

—Si me lo permite usted, querida señora Farnings, creo que esa chimenea será más decorativa si se utiliza para lo que fue construida.

Leyla giró la mirada hacia el hogar, perpleja. Todas las cabezas se volvieron hacia allí.

Vauvil había cerrado los ojos y parecía tenso como un cable. Diminutas gotas de transpiración aparecieron en su ancha frente. Su cuerpo delgado adquirió la rigidez de una tabla.

Y de repente, como la erupción de un volcán, una rugiente llamarada se alzó entre los troncos. Sonó como un bramido y las llamas prendieron en la madera reseca, en pocos instantes, ruidosas y crepitantes.

Alguien soltó un chillido de espanto, y una mujer dejó escapar un grito agudo.

Inconteniblemente, Marcia enlazó los dedos en la mano de Tony y susurró:

—¡Dios, Tony! ¿Cómo...?

El no replicó. Miraba al profesor, no a las llamas que rugían en la chimenea. Pero Vauvil estaba perfectamente inmóvil, rígido, más pálido que antes si eso era posible, y daba la sensación de hallarse en trance, ajeno a cuanto le rodeaba.

Artie Farnings se apartó de Leyla y en dos saltos estuvo junto a la chimenea. Acercó la mano a las llamas, pero la retiró violentamente con un gesto de dolor.

—Creí... creí que era un espejismo o algo así... una sugestión

colectiva —comentó—. Pero eso es fuego auténtico.

Apenas había acabado de hablar pareció como si un viento huracanado penetrara en la estancia. Los pesados cortinajes de terciopelo se agitaron salvajemente haciendo crujir las barras que los sostenían, restallando contra la pared como seres vivos y enloquecidos.

Una pequeña mesa de centro llena de vasos y botellas s alzó en medio del huracán, flotando suavemente hasta una altura de tres pies sobre el suelo. Las botellas y vasos tintinearon.

Luego, repentinamente, todo cesó. El viento huracanado dejó de zarandear los cortinajes, la mesita descendió con seguridad sin que se hubiera volcado ni un vaso, y sólo quedaron las llamas de la chimenea procedentes de los troncos, crepitando ruidosamente.

El silencio aún se prolongó más de un minuto. Un minuto tenso y expectante.

Luego alguien suspiró ruidosamente, y una mujer emitió algo parecido a una débil queja.

Marcia susurró:

—Sentí un frío de muerte, Tony. ¿Tú no?

—También.

Vauvil pareció volver a la vida lentamente, parpadeando. Les miró uno a uno con sus ojos fulgurantes y al final los clavó en el rostro crispado de Tony.

Este gruñó.

—Impresionante, profesor. ¿Cómo lo hizo?

—De nuevo se equivoca, yo no hice nada. Me limité a invocar el poder que me asiste, eso es todo.

Las mujeres le miraban fascinadas.

La rubia de pechos opulentos se acercó a él a saltitos, llena de excitación.

—¡Estoy tan emocionada, profesor! —cacareó—. ¿Cómo Io consigue? Quiero decir, ¿cómo consigue que ese poder le asista?

—Eso, mi querida señora, requiere una larga explicación, no siempre comprensible para los no iniciados, y mucho me temo que no sea éste el lugar ni la ocasión para darle una conferencia.

—Pero me interesa tanto...

—Ya habrá tiempo, discúlpeme.

De nuevo se vio rodeado y Tony se apartó, sombrío.

Artie Farnings se le aproximó con una copa en la mano. Ofreció la llamita de un encendedor a Marcia y luego dijo, cuando ésta exhalaba una nube de humo: —¿Qué te ha parecido, querida?

—Horrible. Aún me tiemblan las piernas, Artie.

Tony gruñó:

—¿Cómo se te ocurrió invitar a ese charlatán?

—No le menosprecies, Tony. No sé qué se esconde detrás de ese hombre, pero por descontado no es un charlatán. No se exhibe, no hace demostraciones. Y yo no le invité, fue cosa de Leyla.

—Claro... debí suponerlo.

—Vauvil vive únicamente dedicado a su culto, o como sea que lo llamen.

—¿Qué culto?

—Satanismo, o misas negras, o ceremonias abominables. ¿Cómo quieres que yo lo sepa? Es sólo lo que la gente comenta.

—Realmente, Artie, ¿tiene seguidores? O adoradores del diablo como él.

—Algunos sí. Celebran sus ceremonias negras en la que fuera residencia de los Sherman, en la colina.

—De cualquier modo, sigo opinando que no es más que un charlatán.

—Escucha...

Marcia terció, para romper el tema. Dijo:

—¿Ya te ha explicado por qué está aquí esta noche, Artie?

—¿Quién, Tony? No necesita dar explicaciones, querida. Esta es su casa tanto como mía.

—Vino a despedirse de ti.

Artie dio un respingo

—No pensarás desaparecer otra temporada, Tony...

—Por lo menos ésa es la idea —refunfuñó el aludido.

Artie no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Pero si llegaste hace menos de un mes! Y estuviste fuera sin que nadie supiera de ti en cinco o seis meses. ¿Adónde demonios piensas ir esta vez?

—Ya hablaremos de eso, Artie.

Este hizo un gesto de desaliento. Mirando a la muchacha exclamó:

—Trata de disuadirle, Marcia. Intenta poner un poco de sentido común en esa cabeza dura, ¿quieres?

Tony gruño:

—Leyla te llama, hermano.

Artie miró hacia donde estaba su mujer. Soltó un gruñido y dijo.

—Sea como sea, esta noche te quedarás aquí, Tony. Quiero que hablemos con calma tú y yo.

Se alejó, y poco después el profesor Vauvil anunció que era muy tarde para él y eso marcó el final de la velada.

Uno tras otro fueron retirándose, sobrecogidos aún por la experiencia vivida. En la chimenea seguían ardiendo los troncos, y cuando al fin sólo quedaron en el salón Marcia y Tony, el mayordomo apareció y en unos instantes hubo apagado el fuego.

La muchacha murmuró:

—¿Por qué te alteró tanto lo que dijo Vauvil respecto a ti?

—No me alteró. Fue sólo la sorpresa.

—Es inútil que mientas, cariño. Yo estaba a tu lado y pude ver la crispación de tu cara. ¿Por qué?

—Figuraciones tuyas.

—No, Tony...

—Olvídalo, ¿quieres? Te veré mañana y espero que todos nos hayamos tranquilizado un poco para entonces. Buenas noches, Marcia.

Ella abrió la boca, pero luego la cerró sin pronunciar una palabra. De modo que quedó sola y entonces pensó que quizá hubiera sido preferible que ésa hubiera sido una velada tan sosa y aburrida como las demás.

CAPITULO III

Tony permanecía despierto, envuelto por la oscuridad del cuarto. De cara al techo, los ojos abiertos, había llamado inútilmente al sueño una y otra vez, hasta renunciar a sus intentos. De modo que al fin acabó resignándose a pasar otra mala noche, como las anteriores, como casi todas desde...

Sacudió la cabeza y sus pensamientos giraron hacia el extraño profesor Vauvil. Continuaba pensando que no era más que un hábil charlatán, un embaucador. Pero no cabía duda que sus trucos eran más que espectaculares.

Refunfuñó entre dientes, porque el recordar el fuego que súbitamente había brotado en la chimenea era como para ponerle los pelos de punta a cualquiera. Aquellas llamas brotaron con una violencia increíble...

Era muy propio de Leyla traer a una de sus reuniones sociales a alguien como Vauvil.

Leyla... Ese era otro problema, porque ambos, ella y él, se detestaban cordialmente.

Suspiró, añorando el sueño.

Fue entonces que le pareció escuchar el chirrido de una puerta. Aguzó el oído y percibió unos pasos quedos en alguna parte, pero fue sólo una sensación de la que no pudo estar seguro.

Miró el reloj. Casi las dos de la madrugada.

Poco después comenzó a sentir la dulce modorra del sueño.

Dio vuelta en la cama, hundiéndose poco a poco en la inconsciencia, y justo en aquel instante escuchó el grito.

Fue un alarido agudo, terrible, que vibró apenas unos segundos en el silencio y luego se extinguió, tan abruptamente como había empezado.

Tony dio un brinco y quedó sentado en la cama, escuchando con todos los sentidos aguzados.

Oyó voces y abrir de puertas. Entonces saltó de la cama y él también se asomó al pasillo.

Al otro lado vio a Marcia enmarcada en la puerta de su cuarto.

Ella exclamó:

—¿Qué fue ese grito?

—Maldito si lo sé, creí haberlo soñado.

Había una luz encendida detrás de la muchacha, y esa luz convertía su tenue camisón en un soplo de niebla que destacaba la soberbia belleza de su cuerpo desnudo.

Tony se quedó mirándola, rígido, quizá recordando.

Ella advirtió su mirada, se dio cuenta del espectáculo que ofrecía y

durante un instante le desafió con sus ojos brillantes y esperanzados. Luego, bruscamente, dio media vuelta y desapareció dentro de la habitación sin cerrar la puerta.

La voz de Artie estaba preguntando de mal talante quién había gritado.

Una puerta a la izquierda del pasillo se abrió y la rubia de pechos opulentos asomó la cabeza coronada por multitud de bigudíes.

—¿Qué ocurre? —tartamudeó.

—Eso quisiera saber. Tony, ¿oíste el grito?

Tony salió, ante la pregunta directa de su hermano.

—Naturalmente. Pero no creo que resonara dentro de la casa, Artie.

—¿Qué?

—Demasiado apagado; quienquiera que haya gritado lo hizo en el exterior.

—¿Tú crees?

—Es una impresión.

—No lo creo. Estamos en la primera planta de la casa, y las paredes son recias. No habría llegado la voz hasta aquí.

Marcia salió, ahora envuelta en un amplio salto de cama.

—Sea donde sea, me ha puesto los pelos de punta —dijo.

Otros invitados aparecían uno tras otro, inquietos, interrogantes.

Al fin, también el profesor Vauvil salió de su habitación, al final del pasillo. Tenía cara de sueño y llevaba un batín oscuro que le cubría hasta los pies.

De pronto, Tony se acercó a su hermanastro y susurró:

—¿Dónde está Leyla?

—No sé, quizá no oyó nada y sigue durmiendo.

—¿No estabas con ella?

Artie esbozó una mueca.

—Dormimos separados desde hace unos meses. Voy a ver.

Tony le siguió.

Al abrir la puerta de una habitación sumida en penumbra, descubrieron a la mujer profundamente dormida en el lecho. Su respiración suave y tranquila sirvió para disipar sus temores.

—Bueno, no creo que deba despertarla...

Cerraron otra vez.

Por las escaleras apareció el mayordomo, tan inquieto como todos ellos.

—¿Sabe alguien quién...?

—Aún no —gruñó Artie—. ¿También a usted le despertó ese condenado grito?

—Seguro, señor. Y la cocinera está tan nerviosa que se ha encerrado en la habitación de Arlene. No quiere quedarse sola.

—Tonterías.

—No son tonterías, señor.

Todos giraron en redondo hacia la voz. Alexis Vauvil era quien había hablado, y entonces descubrieron la tensa expresión de su rostro anguloso y lleno de sombras.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No hablé antes para no inquietarles, amigo mío. Pero lo cierto es que desde que llegué a esta casa percibo una fuerza maligna que lo envuelve todo, dominante y poderosa. Es... es algo que no logro comprender.

—¿Pretende asustar a las mujeres, profesor? —le espetó Tony, ceñudo.

—Nada más lejos de mi ánimo, pero no cabe duda que existe una fuerza oscura y sombría que no puedo descifrar. Quizá sea algo que envuelve a alguno de los presentes... o a la misma casa, lo ignoro. Pero es real, amigo mío; está aquí.

—¿Y usted cree que esa sensación es lo que hizo que alguien gritara?

—Tampoco lo sé.

Tony estuvo tentado de contestarle de mala manera. Luego lo pensó mejor y se volvió hacia su hermano.

—Quizá debieras hacer que alguien revisara las ventanas y las puertas, Artie.

—¿Para qué? —arrugó el ceño y añadió—: ¿Crees que ha entrado algún intruso?

—Cualquiera sabe... Si no me equivoco, estamos todos despiertos aquí dentro, y ninguno de nosotros ha gritado, así que la voz debía pertenecer a algún extraño.

—Creo que tienes razón. Ya lo oyó, Howard, que comprueben las puertas y ventanas, y si encuentran alguna abierta, llámeme.

El mayordomo asintió y se fue disparado.

Entonces Leyla apareció arrebujándose en una turbadora prenda de noche. Asombrada, paseó su mirada por todos los que estaban reunidos en el pasillo.

—¿Qué pasa, querido? Oí voces y pasos... Todo ese alboroto que me despertó. ¿Alguien se ha sentido indispuesto?

—Es algo más que eso. ¿No oíste un grito hace unos minutos?

—¿Un grito? No. ¿Quién ha gritado?

—Eso intentamos averiguar.

—Qué cosa más extraña... Oh, profesor, cuánto lamento que también a usted le hayan molestado.

Vauvil esbozó una tensa sonrisa, pero no replicó.

Tony entró en su habitación y se vistió rápidamente.

Oía las voces de los demás, el sordo mosconeo de sus comentarios.

Admitió que estaba poniéndose nervioso.

Cuando salió de nuevo, dijo:

—Iré a dar un vistazo yo también.

Desapareció escaleras abajo.

Estaba a mitad de su descenso cuando la voz del mayordomo se elevó, aguda, en un grito agónico.

Tony brincó saltando los peldaños de tres en tres. Vio aparecer al hombre en la puerta de la biblioteca, lívido, temblando como un loco.

—¿Qué diablos...?

Howard boqueó sin voz. Señaló por encima de su hombro, pero fue incapaz de articular una palabra.

—¿Qué le pasa, hombre?

—¡La... Ia ventana...!

—¿Qué diablos hay en la ventana?

De nuevo intentó hablar sin conseguirlo. Tony pasó por su lado, oyendo a los demás que bajaban las escaleras atropelladamente.

La estancia estaba llena de luz. En los cristales de la ventana no había nada, excepto la oscuridad del exterior.

Desde la puerta, Howard continuaba señalando los cristales con un dedo que temblaba.

—¡No hay nada aquí, Howard! ¿Qué infiernos vio usted, un fantasma?

—¡Un... un... muerto..., señor...!

Tony dio un respingo.

—¿Está borracho o qué le pasa? Venga aquí, no hay nadie al otro lado de los cristales.

Howard sacudió la cabeza.

—Fuera... mire usted...

Detrás del mayordomo comenzaron a asomar las caras crispadas de todos los demás.

Tony se acercó a la ventana y atisbo la oscuridad del jardín.

No vio nada, sólo las sombrías siluetas de los árboles apenas mecidos por el aire.

Luego, cuando iba a volverse, lo vio.

Se quedó rígido.

El hombre yacía sobre la tierra, inundado por la luz que se desparramaba fuera del ventanal.

Comprendió que el mayordomo se hubiera puesto histérico al contemplar el atroz espectáculo, porque la cabeza de aquel desgraciado no era más que un amasijo aplastado. La tierra bebía la sangre como el agua un sediento.

Se volvió. Artie se acercaba a él.

—¿Qué hay ahí fuera, Tony?

—Nada agradable de ver. Será preferible mantener a las mujeres

apartadas de la ventana.

Artie fue a dar un vistazo, intrigado. Dio un salto atrás tan pronto distinguió aquella masa sanguinolenta y repelente.

—¡Dios! —jadeó entre dientes.

Tony estaba abriendo el ventanal. Antes de salir por él se volvió.

—Llama a la policía, Artie. Y no dejes que salga nadie. Si hay huellas querrán encontrarlas.

—¡Espera, Tony!

-¿Qué?

Artie tragó saliva.

—Quizá el asesino esté aún ahí fuera...

—¡Ojalá!

Salió agazapado. Ahora Tony se movía con cautela, la mirada fija en el suelo alrededor del cadáver.

No vio más que sangre y masa encefálica. La tierra no conservaba huella alguna, por lo menos en el espacio iluminado por el resplandor del ventanal.

Intentó descubrir las facciones del cadáver. El tremendo golpe le había hundido el cráneo hasta la mitad de la frente, pero incluso así podía verse que había sido un hombre de unos cuarenta y cinco años, de nariz afilada y boca débil.

Artie estaba en la ventana cuando se volvió.

—¿Encontraste algo?

—No. ¿Tienes una linterna eléctrica a mano?

—Espera.

—¡Y telefonea a la policía cuanto antes!

Tan pronto su hermano hubo desaparecido, Vauvil ocupó su lugar para contemplar la escena.

Hizo una mueca de disgusto.

—Horrible —murmuró.

—Trate de calmar a las mujeres, profesor. Yo daré un vistazo al jardín por si ese engendro aún está por las cercanías.

—Es inútil, amigo mío. El asesino no está cerca, ha huido.

—¿Cómo lo sabe?

Se encogió de hombros.

—Lo sé, eso es todo lo que puedo decirle. No hay nadie en el jardín.

Tony le contempló especulativamente.

—Me intriga usted, profesor —gruñó—. Si tiene facultades extrasensoriales, o como las llamen, tan poderosas como para saber que el asesino ha huido ya, tal vez pudiera saber también su identidad. ¿No le parece?

—Son dos cosas distintas... Lo siento.

Se apartó para que Artie pudiera entregar una poderosa linterna

eléctrica a Tony.

—Cuidado, muchacho —murmuró, inquieto—. No te arriesgues inútilmente.

Tony barbotó un juramento.

—Según Vauvil, no hay ningún riesgo aquí fuera. Dice que el asesino ya ha escapado.

—¿Y él cómo lo sabe?

Tony se encogió de hombros y, encendiendo la linterna, se apartó de la casa.

Hubo de convencerse de que no había rastro del criminal. Ni huellas siquiera.

Estaba a punto de darse por vencido, cuando, junto a un denso macizo de rododendros, descubrió la pesada barra de hierro tirada sobre el césped.

No la tocó, pero arrodillándose en el suelo comprobó que en un extremo aún quedaban rastros de sangre, cabellos y masa encefálica.

Por lo menos, allí estaba el arma del crimen.

CAPITULO IV

Los policías hicieron su trabajo, preguntaron y recibieron infinidad de respuestas. Llegó una ambulancia y se llevó el cadáver.

Luego, mediada la mañana del domingo, se marcharon con la satisfacción del deber cumplido y Tony refunfuñó al ver alejarse el coche policíaco: —Saben ahora lo mismo que a su llegada. Nada de nada.

Artie, preocupado, dijo:

—No había sucedido nunca nada semejante en nuestra comunidad, Tony. Ellos están tan desconcertados como nosotros.

—Con la diferencia de que la policía tiene el deber de aclarar el crimen, Artie. Y no me parece que sean lo bastante hábiles como para lograrlo.

Artie le observó de reojo.

—¿Qué te pasa, Tony? —murmuró.

—Nada, créeme. Sólo que estoy nervioso.

—Todos tenemos los nervios de punta. Casi todos los demás van a marcharse antes de la noche sin esperar al fin de semana que habíamos planeado. Leyla está fuera de sí.

Tony apretó los dientes para no soltar una réplica demasiado afilada sobre la altiva Leyla. Encendió un cigarrillo y, tras unos instantes, dijo con voz lenta: —¿También nuestro discípulo de Satán va a abandonarnos, Artie?

—Supongo que sí. ¿Qué tienes contra él?

—Absolutamente nada.

—Oyéndote hablar de Vauvil, cualquiera creería lo contrario.

Tony no replicó.

Cuando pareció reaccionar descubrió que estaba solo en el porche flanqueado de gruesas columnas.

Echó a andar sumergiéndose entre la arboleda del parque. Anduvo cabizbajo, con sus pensamientos girando en dimensiones que le inquietaban profundamente, porque le devolvían a unas imágenes que habría querido olvidar de una vez para siempre. Sólo que sabía muy bien que nunca jamás se borrarían de su mente.

Al doblar el recodo de un estrecho sendero, Marcia le cerró el paso.

—Estaba segura que te encontraría aquí.

El parpadeó.

—Lo cual quiere decir que me buscabas.

—Claro.

Echaron a andar uno al lado del otro. El rostro del hombre era una sombría máscara de desolación.

La muchacha murmuró:

—Quiero hablar contigo antes de que te vayas, Tony.

—Bueno, pero eso no nos conducirá a nada práctico.

—Quizá no, pero sabremos a qué atenernos tú y yo.

—Creía que eso había quedado claro.

—Quizá esté claro para ti, pero en mi caso es muy distinto. ¿Por qué no podemos volver a empezar? Fuimos total y absolutamente felices antes de que te fueras, antes de que desaparecieras más bien. Nos queríamos y todo era claro y hermoso entre los dos. ¿Qué es lo que cambió, Tony?

—Yo.

—No creo que hayas cambiado hasta el extremo de olvidar tus sentimientos.

—Quizá no los haya olvidado. Y hasta es posible que sean esos sentimientos los que hagan alejarme de ti...

—Ahora no te comprendo.

—Mejor así.

—Escúchame. Nunca hubo sombras entre los dos. Siempre fuimos sinceros uno con el otro. ¿No es cierto?

—Sin duda.

—¡Maldito sea! ¿Por qué entonces no sigues igual de sincero y respondes a una pregunta? Una sola y condenada pregunta, Tony.

—¿Cuál?

—¿Sigues queriéndome?

El rechinó los dientes. Luego murmuró:

—Sí.

—Estaba segura.

—Espera un minuto...

—Estaba segura —repitió Marcia—. No podías haber olvidado, ni cambiado tanto que fueras indiferente a los recuerdos y al amor, y al deseo que nos encendía cuando estábamos juntos.

—Ojalá pudiera explicarte las cosas de modo que entendieras. ..

—Todo lo que entiendo es que sigues amándome, deseándome como antes. Lo demás, sea lo que sea, no importa.

—Si fuera así de sencillo, Marcia...

—Yo haré que lo sea.

Se detuvieron, mirándose al fondo de los ojos.

La muchacha le rodeó el cuello con los brazos. Poco a poco acercó la cara a él y un instante después estrelló los labios contra su boca obstinadamente dura.

Le acarició los labios con la lengua, suave y dulcemente, luchando por rendirle, por vencerle.

Cuando lo consiguió al fin sintió el estallido del amor, del deseo que ardía en el beso, en las manos que la -apretaban ahora casi

desesperadamente. Pensó fugazmente que se aferraban a ella como a una tabla de salvación y casi le hicieron daño, pero no hubiera podido quejarse aunque lo hubiese querido.

Toda su voluntad, todos sus sentidos, estaban centrados en aquel beso, en aquella caricia desesperada en la que volcaba cuanto sentía por ese hombre extraño que se rendía al fin, devolviéndole con el beso todo lo que ella ansiaba darle.

Le faltó el aliento y separó los labios apenas media pulgada. Sus ojos se miraron en sus ojos.

—Te quiero —musitó.

No obtuvo respuesta y ambos reanudaron el lento paseo por la fresca sombra de los viejos árboles.

Regresaron a la casa a la hora de la comida.

En torno a la mesa reinaba un ambiente tenso y sombrío. Nadie parecía tener deseos de hablar.

Después, en el salón donde saborearon el café y los licores, Artie dijo:

—Lamento profundamente todo lo sucedido. En otras circunstancias éste pudo haber sido un agradable fin de semana.

Marcia terció:

—Nadie tiene la culpa que las cosas no hayan sido tan agradables como todos deseábamos. Pero nos reuniremos otras veces, Artie. Entonces, incluso el profesor podrá hacernos otras demostraciones tan emocionantes como las de anoche. ¿No le parece a usted, profesor Vauvil?

El lúgubre personaje la miró con el rostro sombrío.

—Creía —dijo— que había tenido usted excitaciones más que suficientes con todo lo sucedido.

—Eso que usted llama excitaciones no es a lo que yo me refería.

—Por descontado que no.

La rubia de senos opulentos dio un gritito y alzó la voz para intervenir.

—Marcia se refiere a lo que usted nos demostró, querido profesor. A sus poderes, a sus explicaciones. Resultó algo tan fascinante que estoy impaciente por tener nuevas experiencias.

—¿Sólo para divertirse?

Ella parpadeó. El tono cortante de la voz de Vauvil tuvo la virtud de desconcertarla durante unos instantes.

Tony aprovechó para preguntar:

—Ésos poderes suyos, profesor, ¿cree realmente que proceden del más allá?

Leyla dio un respingo.

—¡Tony! ¿No puedes mostrarte discreto aunque sólo sea por una vez?

Vauvil agitó la mano como quitando importancia al asunto.

Luego murmuró:

—Amigo mío, ese término «más allá» es algo sumamente inconcreto. Nebuloso. ¿Quizá no se atreve a formular la pregunta tal y como la piensa?

—¿Cómo pienso, según usted?

—Está impaciente por preguntar si mis facultades, mis poderes, proceden del diablo. Yo acostumbro llamar cada cosa por su nombre. ¿Es eso lo que ansiaba preguntar?

—Ciertamente, eso es.

—Bien, yo estoy convencido de que es así, en efecto. Todo mi poder, todas las asombrosas facultades que me asisten, la incomprensible clarividencia de mi mente, proceden del poder diabólico de Satán.

Tony pudo captar el escalofrío que recorría a los demás. Ninguno atinó a replicar durante unos instantes.

El dijo:

—Para afirmar algo tan rotundo, presumo que se debe a que ha tenido usted experiencias suficientes para llegar a ese convencimiento.

—Las tuve. Experiencias que habrían encanecido a un hombre normal. Esas experiencias me indujeron a fundar la secta que dirijo y cuyos miembros son cada día más numerosos, aunque a usted le resulte difícil creerlo.

De nuevo fue la rubia opulenta quien exclamó:

—¿Y realiza esas emocionantes demostraciones ante ellos?

—Señora, cuando nos reunimos es para celebrar nuestro culto, ceremonias mucho más serias de lo que usted pueda imaginar.

—Bueno, ¿qué es lo que hacen?

Vauvil murmuró con voz llena de sarcasmo:

—¿Por qué no se decide a asistir a una de nuestras reuniones, señora Sanders?

Ahora fue Tony quien dijo:

—Eso sí podría resultar interesante, profesor.

—Usted, y cualquiera, serán siempre bien recibidos en todo momento.

Tony sacudió la cabeza.

—De cualquier modo no es nada que me seduzca. A menos, claro está, que fuera posible contemplar al diablo en persona.

Una vez más Leyla se irguió, rígida. Pero antes que pudiera hablar llena de cólera, el profesor dijo:

—Amigo mío, tampoco usted ha penetrado en la raíz de cuanto hemos hablado desde mi llegada. Ya dije que tenía usted una mente excesivamente lógica. Serían precisos hechos sobrehumanos para que

empezara a creer.

—Incluso ante tales hechos, profesor, trataría de analizarlos a la luz de la lógica antes de rendirme a su fanatismo.

Eso aparte, yo no creo que ese fenómeno de mover objetos a distancia signifique que el diablo le haya prestado sus poderes sobrenaturales.

—Usted no cree...

Vauvil suspiró, cansado por la discusión. Pero de repente su mirada chispeó con resolución. Miró en torno y aquellos ojos fulgurantes se clavaron en Marcia.

—¿Quiere prestarse a una pequeña demostración, señorita Hayden? Por supuesto, le garantizo que no tiene nada que temer.

Marcia se estremeció. Miró fugazmente a Tony y sacudió la cabeza.

—No, profesor, lo lamento, pero no tengo valor para eso.

La señora Sanders exclamó:

—¡ Pero yo sí lo tengo, querido profesor!

— ¿Quiere prestarse usted, señora?

—Con toda seguridad. ¿Qué he de hacer?

—Usted no tiene que hacer nada... nada en absoluto, sólo relajarse sentada como está.

Artie frunció el ceño. Miró fugazmente a Tony y éste se encogió de hombros.

Vauvil estaba diciendo:

—Cierre los ojos, señora Sanders. Eso es todo lo que debe hacer. No se mueva, no hable, no piense siquiera, sólo relájese... tranquila...

Se hizo un profundo silencio en todo el salón. Las miradas de cuantos estaban allí se hallaban fijas en el profesor y en la opulenta rubia, que había cerrado los ojos y estaba inmóvil en la butaca.

Marcia enlazó los dedos en la mano de Tony y éste los oprimió suavemente.

Vauvil estaba sentado, quieto, como si tratara de aislarse de cuanto le rodeaba.

Pasó un tiempo en el que la tensión fue en aumento paulatinamente.

Luego, muy despacio, la señora Sanders se levantó de la butaca con movimientos pausados, suaves, y quedó de pie con las manos pegadas a lo largo del cuerpo.

Sólo entonces Vauvil abandonó también su butaca y se acercó a ella.

Con voz que era apenas un susurro, dijo:

—¿Oyes mi voz?

La rubia no pareció oírle. No movió un músculo, pero de repente su cuerpo sufrió una ligera contracción y quedó rígida como una

tabla.

Vauvil había cerrado los ojos y su cuerpo huesudo estaba tan rígido como el de la mujer.

Hubo otro largo lapso de tiempo en el que no se escuchó otro sonido que las contenidas respiraciones de cuantos presenciaban la extraña demostración.

Al fin el profesor alargó los brazos, disponiéndose a tomar en ellos la petrificada figura de la señora Sanders.

Tony enarcó las cejas, perplejo, porque aquella mujer pesaba lo suyo y Vauvil no parecía ser una gran cosa físicamente.

Sólo que en eso se equivocó. Lo vio levantar el cuerpo de la mujer con asombrosa facilidad. Sosteniéndola en vilo, la colocó como si quisiera acunarla en brazos hasta que estuvo horizontal, a la altura de su pecho escuálido. En la frente del hombre brillaba el sudor.

Sus labios se movieron. El cuerpo de la rubia estaba rígido sobre sus manos. Vauvil volvía a tener los ojos cerrados y entonces habló, pero aquélla no parecía siquiera su voz, sino un sonido profundo, cavernoso, como si surgiera de las entrañas de la misma tierra: —Te lo ordeno, estoy contigo y te sostengo... te lo ordeno...

Poco a poco el profesor retrocedió como si flotara.

Sus manos se apartaron del cuerpo rígido y éste quedó suspendido en el aire cual si estuviera sostenido por maromas invisibles. Las manos de Vauvil estaban cada vez más lejos de ella. Nada soportaba su peso, nada la sujetaba.

Sin ninguna duda flotaba en el espacio, inmóvil, tiesa cómo una tabla.

Alguien dejó escapar un débil grito de espanto.

Marcia oprimió la mano de Tony y trató de encontrar la mirada de éste, pero él no apartaba los ojos del rostro crispado del profesor.

Vauvil jadeó entre dientes:

—Pueden examinarla, mi poder la sostiene tanto tiempo como deseen.

Tony se desprendió de Marcia y dio una vuelta en torno al cuerpo suspendido en el aire.

Tras él, el profesor le increpó:

—¿Asombrado por lo menos, señor Grant?

—Eso es decir poco. ¿Ella no siente nada, ni siquiera molestias por su rigidez?

—En absoluto. En ese estado se halla en otra dimensión, bajo el influjo del poder que me ha sido dado. En ocasiones, ese estado de perfecta levitación ha servido para que una médium entrara en contacto con seres que ya no existen.

—¡Levitación! Esa es la palabra.

—Claro que, para eso, el sujeto del experimento debe tener ciertas

condiciones innatas. Pero no para ¡evitar. Usted está viéndolo.

Tony seguía mirando fascinado el cuerpo que seguía flotando en el aire con escalofriante facilidad.

Luego, al mirar al profesor, le vio tenso, sudoroso, con las facciones terriblemente tensas. Era él quien parecía soportar un esfuerzo más allá de sus posibilidades.

Tony volvió al lado de Marcia, incrédulo de que fuera cierto lo que estaba presenciando. Iba a murmurar algo al oído de la muchacha cuando algo semejante a una ráfaga de viento helado pareció llenar la estancia, envolviéndoles con dedos de espanto.

Vauvil dio un respingo y exclamó con voz apremiante:

—¡ Silencio! Ha llegado, hay «algo» aquí, no sospeché que esa mujer fuera...

Calló, absorto.

Justo en aquel instante vieron moverse los labios de la señora Connie Sanders. Al principio ningún sonido brotó de ellos. Después surgió un sordo murmullo, bronco, profundo, que no eran palabras, sino sonido burbujeante.

El escalofrío del miedo les sacudió. Los labios continuaban moviéndose cada vez más aprisa, dejando escapar aquel caudal de sonido ininteligible.

Y luego, de repente, el sonido se convirtió en una voz retumbante, de una potencia increíble, que se extendió por toda la estancia como un trueno que rebotara contra las paredes de una caverna.

La voz les sacudió como un latigazo.

Y formuló palabras...

—«No debiste... matar... otra vez...»

Cada palabra retumbó y después se extinguió con un ronco susurro.

Vauvil pareció quedar clavado en el suelo. Miraba a la mujer flotante con la boca abierta, tan estupefacto como todos los demás.

La misma voz de trueno, ronca y burbujeante, surgió una vez más de los labios de la mujer.

La voz tronó:

—«Nunca te librarás de mi... mi muerte... hay sangre en tus manos... y veneno en... tus manos y tu corazón...»

La voz calló y quedó una extraña sensación de vacío absoluto, como si estuvieran sumergidos en una campana estanca.

Al fin, Artie Farnings barbotó lleno de ira:

—¡Termine con eso, profesor! Creo que ha llegado demasiado lejos esta vez.

—Yo no... no pretendí que sucediera nada semejante, créame, señor.

Se volvió hacia el flotante cuerpo de la mujer. Colocó sus manos

bajo el cuerpo y éste osciló muy despacio adquiriendo la vertical. Por unos fugaces instantes aún estuvo suspendida en el aire, con los pies a un palmo del suelo.

Luego descendió y pareció relajarse. Retrocedió paso a paso delante del profesor y fue a sentarse apaciblemente en la butaca que había ocupado antes.

Vauvil tenía la frente inundada de sudor y sus manos temblaban.

—Lamento profundamente haber accedido a realizar esa demostración, amigo mío —murmuró encarándose con Artie—. Pero no pude prever que sucedería eso. Le doy mi palabra de honor.

Giró para encararse con Connie Sanders y ésta parpadeó, como si despertara de un simple y apacible sueño. Miró a todos y no pudo contener un gesto de asombro al ver las espantadas expresiones que la rodeaban.

—¿Qué pasó? —quiso saber con una sonrisa tonta en la cara—. Temo que me haya perdido lo mejor del experimento, querido profesor.

Tony se inclinó sobre ella.

—¿No recuerda usted nada, Connie?

—En absoluto, sólo una sensación de frío.

Tony se apartó de ella poco a poco. Su mirada sombría tenía un brillo inquietante cuando la clavó en Vauvil.

—¿Qué significaban esas palabras, profesor? —le espetó.

—Lo ignoro.

—¿Cómo demonios puede ignorarlo si usted lo provocó?

Vauvil dejó escapar un largo suspiro de resignación.

—Ya les dije que un cuerpo en estado de absoluta levitación se convierte en fácil receptáculo para la comunicación con el más allá. Yo ignoraba que la señora Sanders tuviera esas facultades de médium; de haberlo sabido jamás habría accedido a realizar esa demostración.

—¿Qué quiere decir con toda esa palabrería?

—Simplemente, que una fuerza superior a la mía la ha poseído durante unos instantes, dominándola.

—¿Se refiere usted a un espíritu?

—Eso mismo exactamente, señor Grant. Y no me importa que usted lo crea o no. Repito que lamento lo sucedido. Discúlpenme.

Connie chilló:

—¿Pero qué es lo que hice?

Nadie le prestó atención.

Vauvil llegaba a la puerta cuando Tony le espetó, con voz llena de sarcasmo:

—Un momento, profesor, sólo un instante. Si es cierto que las cosas han sido tal como usted dice, es lógico pensar que también puede usted saber la identidad del espíritu.

—Eso es factible en algunos casos, no en todos, y menos cuando no ha sido invocado por mí ni por la médium.

—Pero ese ser del más allá ha pronunciado unas palabras que merecen ciertas aclaraciones, me parece a mí. ¿Qué opina usted, Vauvil?

Este titubeó. Luego, con voz ronca, barbotó:

—Prefiero no tener que aclararlas.

Abrió la puerta y desapareció.

Connie insistió, cuando la puerta se hubo cerrado detrás del lúgubre profesor:

—¿Pero es que nadie va a decirme qué pasó?

Tampoco le hicieron caso. Leyla estaba lívida y sus ojos fulguraban, clavados en Tony como si quisiera fundirlo. Dijo con voz aguda: —¡Tú y tus malditas preguntas! ¿Por qué no puedes dejar en paz al profesor? El es mi invitado, vino aquí porque yo se lo rogué. ¿Cómo te has atrevido?

—Entiendo. A él le invitaste y a mí no. ¿Es eso lo que quieres decir?

Cuando ella iba a replicar airadamente, Artie gruñó:

—¡Ya basta de eso, los dos! ¿Es que vamos a perder la chaveta todos nosotros o qué?

Una mujer anunció:

—Lo siento, voy a preparar mis cosas y nos iremos ahora mismo.

Fue igual que una contraseña. En pocos instantes sólo quedaron en el salón Tony y Artie Farnings, Marcia, sentada en una butaca, y la desconcertada Connie Sanders, que fue la que habló.

Dijo:

—Pero, bueno, ¿qué les ha dado a todos, qué he hecho para que estén tan excitados?

Leyla se volvió un instante en la puerta, soltó un bufido y salió cerrando violentamente.

Tony suspiró.

—Hay cosas que no cambian jamás, Artie, no te preocupes.

—Tony, maldita sea! —chilló Connie.

—¿Sí?

—¿Quieres prestarme atención, aunque sólo sea por un minuto?

El sonrió.

—Discúlpame, estoy nervioso.

—Bueno, dime qué pasó. Me hipnotizó, ¿no es cierto?

—Algo así.

—¿Y qué hice?

—Realmente, querida, tú no hiciste nada. Sólo flotar en el aire.

—¿Que yo...? ¡Oh, no, estás burlándote de mí! ¿Cómo voy a flotar en el aire con mi peso?

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Cómo? Pero fue lo que pasó.

Ella estaba estupefacta, pero aún dijo:

—¡Y que no haya podido verlo...! Qué cosas, maldita sea. He de hablar con el profesor.

Y salió disparada.

Artie murmuró:

—A veces pienso que no tiene nada dentro de su rubia cabeza.

—¿Qué opinas tú de las palabras que pronunció? Esos asesinatos, y todo lo demás. La voz parecía dirigirse a alguien que estaba en el salón, Artie.

—No empieces a desbarrar tú también. Fue un truco de ventriloquia. Vauvil las pronunció.

—¿Y cómo amplificó la voz, cómo movió los labios de Connie? Ese condenado tipo me intriga cada vez más.

Marcia intervino:

—Olvídalo, Tony. Ha sido una experiencia desagradable, eso es todo.

El sacudió la cabeza. Como si hablara para sí mismo masculló:

—Ha de haber algo más detrás de todo esto.

—No te rompas los sesos, Tony. Y voy a ver a Leyla para que se calme un poco. Hay que reconocer que tienes la facultad de sacarla de quicio, querido.

Sonrió y les dejó solos.

Sorprendidos, descubrieron que no tenían apenas nada que decirse.

CAPITULO V

Habían cenado los cuatro solos. Todos los demás, incluida Connie, se habían marchado durante la tarde.

Leyla tenía la cara oscurecida por la ira, porque ella seguía opinando que la partida del profesor Vauvil se debía sólo y únicamente a las impertinencias de Tony. Que se hubieran marchado los demás apenas si le preocupaba, pero Vauvil había sido su invitado de honor.

—Y tú debieras haberlo respetado como tal —remachó de mal talante.

Artie abrió la boca. Tony gruñó:

—Está bien, le pediré disculpas cuando le vea. ¿Qué más quieres? No puedo hacerle volver ahora.

Leyla ni le miró.

Marcia dijo:

—¿Qué opinas tú del experimento que realizó con Connie, Leyla?

—Fue asombroso. Sólo por eso ya valía la pena tenerlo con nosotros.

Artie sonrió.

—¿Incluso con las palabras que Connie pronunció mientras flotaba en el aire?

Leyla arrugó el ceño.

—Aquello resultó desagradable... Io reconozco. Pero incluso así fue una experiencia que difícilmente olvidaré.

—Lo que me gustaría saber era a quién iban dirigidas.

De nuevo la fulgurante mirada de Leyla cayó sobre Tony.

—¿Por qué piensas que iban dirigidas a alguien en particular? Yo más bien creo que formaban parte de la demostración.

Tony sacudió la cabeza, dubitativo.

Artie intervino para decir:

—Si hemos de tomarlas literalmente, parecía que Connie le hablaba a un asesino que estuviera en el salón, aunque fuera bajo los efectos de la hipnosis, o lo que fuera que la mantenía en ¡evitación. Algo muy raro, se mire como se mire.

Leyla no replicó. Estaba ensimismada y sombría, y Artie suspiró, porque sabía el antagonismo que existía entre ella y Tony.

Luego, cuando Leyla se levantó saliendo del comedor, Artie esbozó una mueca y murmuró:

—Creo que habré de hacer algo para calmarla, Tony, o de lo contrario mañana pedirá tu cabeza a gritos. Nunca he comprendido su actitud hacia ti... ni la tuya hacia ella, dicho sea de paso. Buenas noches a los dos.

Al quedar solos, Marcia y él se dirigieron al salón donde se había desarrollado la extraordinaria experiencia de levitación.

Poco después, el mayordomo apareció trayendo cafés y licores. Tony dijo;:

—No necesita quedarse en vela por nosotros, Howard, puede acostarse.

—Muy bien, señor.

Marcia saboreó el café y luego comentó:

—A mí también me ha intrigado siempre esa antipatía mutua que existe entre tu cuñada y tú, querido.

—No es nada que debe preocuparte.

—Pero, ¿por qué?

El soltó un gruñido.

—Leyla sabe lo que yo pienso de ella y de su boda con Artie.

—¿Lo que tú…?

—Nunca ha amado a mi hermano.

—No puedes decir una cosa así basándote en tus impresiones, Tony.

—Llámalo como quieras. Ella sólo se casó con Artie por su dinero, por la posición social que ocupa en una comunidad cerrada como la de Farmington Heights. Y te diré algo más, nuestro padre opinaba exactamente lo mismo. Tuvieron algunas discusiones muy violentas los dos.

—Bueno, eso no me sorprende, porque tu padre tenía un carácter endiablado.

—Pero no era tonto, linda. Si hubiera dependido de él, Artie nunca se habría casado con Leyla. Por suerte para ella murió pronto.

—¡Es horrible lo que estás diciendo! No deberías…

—Olvídalo. Era sólo mi padrastro, pero le quería y no pocas veces nos quedábamos hablando hasta la madrugada. Le conocía muy bien y sé cómo pensaba. Si hubiera vivido un poco más…

—¿Qué? —le acució ella al ver que se interrumpía.

—Nada. Cambiemos de tema, por favor.

Marcia sonrió.

—De acuerdo. Hablemos de nosotros.

El suspiró.

—Eres una mujer de ideas fijas, nena.

—Para mí, tú no eres sólo una idea, Tony.

El se echó a reír y encendió un cigarrillo recostándose en el diván.

Tras un silencio la muchacha le espetó:

—¿Aún insistes en marcharte, Tony?

El titubeó. Una sombra pareció enturbiar su mirada durante un instante.

—No lo sé —confesó al fin—. Quizá lo demore un poco más.

—¿Por mí?

—En parte.

—Gracias. Podrías ser un poco más amable, aunque sólo fuera por una vez.

—No estoy aún completamente seguro de mí mismo en ese aspecto, Marcia. Te quiero, pero no sé si… En fin, hay otro motivo además para quedarme aquí algunos días.

—¿Puedo saber ese motivo?

—Claro, Alexis Vauvil.

—¿Qué?

—Quiero saber algo más sobre él y sus prácticas satánicas, o luciferinas o como infiernos las llamen. Aunque sólo sea para convencerme a mí mismo que se trata sólo de un farsante.

Marcia se estremeció.

—¿Y si no lo fuera, Tony?

El dio un respingo.

—¿Quieres decir que tú crees que ese tipo tiene tratos con el diablo en persona? Vamos, querida, por favor…

—Yo no dije eso. Pero no cabe ninguna duda que tiene unas facultades muy superiores a las comunes en los demás mortales y si no, recuerda todo lo que hemos visto. El fuego en la chimenea, estallando como una explosión, el viento que sacudió ¡os cortinajes, la mesita; y, por si eso fuera poco, Connie. Ese hombre da miedo.

Tony no replicó, limitándose a seguir fumando, pensativo.

Marcia acabó por sonreír, mirándole. Se inclinó hacia él y rodeándole el cuello con los brazos susurró: —Hay temas mucho más amables de conversación…

El la atrajo sobre su pecho y se besaron larga y profundamente.

Después, y casi sin apartar los labios de su boca, Tony susurró:

—Lástima que estemos lejos de tu refugio de la playa.

—Pero estamos cerca de mi cuarto, querido. O del tuyo.

—Tienes razón.

Un minuto más tarde el saloncito quedaba a oscuras y desierto.

CAPITULO VI

Tony cerró la puerta de la habitación y quedaron mirándose fijamente. Marcia empezó a sonreír.

El murmuró:

—Estás a punto de cometer una locura, ¿te das cuenta?

—Depende de lo que tú llames locura. Si eso fuera cierto, no hace tanto tiempo los dos debíamos estar locos de atar.

Tony sonrió.

—A veces yo también he pensado lo mismo.

—Por eso he deseado tanto que volvieras, porque estaba loca de remate. Loca por sentirte de nuevo junto a mí, dentro de mí como entonces. Y hay algo más, Tony.

—¿Qué?

—La soledad.

—Ya veo. Pero hay otros hombres, nena.

—Debería tirarte algo a la cabeza sólo por decir eso. No quiero esa clase de compañía. ¿Es tan difícil de comprender? No deseo sólo un pedazo de carne a mi lado, quiero algo más, algo que haya sido lo que tú fuiste para mí, que encienda los recuerdos, los sentidos y la carne todo a la vez. Alguien en quien confiar, en quien reposar. ¿Entiendes? Alguien que no sea sólo el placer, sino también la ternura.

—Si realmente crees que yo puedo darte todo eso, querida mía, no cabe duda que estás pidiendo una camisa de fuerza.

—Veremos —sonrió la muchacha.

Se llevó las manos a la espalda y sus ropas empezaron a volar en todas direcciones.

Hasta quedar desnuda por completo.

Desnuda como la aparición de un sueño lúbrico de las mil y una noches. Su cuerpo de piel dorada resplandecía como el de una diosa pagana de altos y agudos pechos, con pezones de coral bellos y desafiantes.

Tony permaneció fascinado mirándola, sus ojos resistiéndose a creer que toda aquella belleza era real. Luego, su mirada se desprendió del rostro tensó de la muchacha para descender poco a poco, cual si quisiera convencerse de que, realmente, toda aquella majestuosa belleza era corpórea y no fruto de un sueño; que estaba allí, a su alcance, con su vientre liso y palpitante, y los muslos tarsos y firmes.

Ella susurró:

—¿Qué te pasa, te quedaste sin habla?

—Pienso que sigues siendo el viejo refugio, el oasis donde calmar la sed y el hambre en los momentos desesperados, donde reposar

antes del fin.

Marcia no replicó.

Tenía unas piernas largas, perfectas como las de una modelo. Las movió para aproximarse a él paso a paso, tomándose tiempo, hechizándole quizá con su ardiente proximidad, o tal vez con el aroma de mujer que se desprendía de cada poro de su piel.

—Tony...

El tendió las manos y sintió en ellas el estremecimiento de la piel cálida y suave, tersa.

Abrazados, se desplomaron sobre el lecho, besándose con un delirante frenesí, como deseando ahogarse uno en el aliento del otro en medio del salvaje jadear del deseo.

Mientras el delirante huracán les zarandeaba, ninguno de los dos pensó en otra cosa que en amarse hasta el delirio, hasta la extenuación.

No pensaron en el terror ni en la muerte, ni en lo que habían vivido poco antes...

Sólo en la plenitud de su entrega, en aquella sensación de vértigo que les precipitaba en las simas del placer y les elevaba al mismo tiempo hasta las altas cumbres de la vida.

Luego, dulcemente, llegó la paz.

*

Marcia se apoyó sobre un codo y se quedó mirándole en la penumbra del dormitorio.

Tony reposaba a su lado, respirando profundamente y quizá soñando. Una extraña ternura la invadió y pensó que en esa noche todo volvía a ser como antes fuera, perfecto y dulce, devolviéndole las ansias de vivir.

De repente se encontró con la mirada de él y sonrió.

—No quise despertarte.

—¿Por qué no duermes?

—No quiero dormir esta noche, Tony.

—Bueno...

Tanteó en Ia mesilla hasta localizar los cigarrillos. Encendió dos y le ofreció uno a ella, que aceptó, y ambos saborearon el tabaco unos instantes en silencio.

Después, Marcia susurró:

—Algún día me lo dirás.

—¿Qué?

—Lo que te pasó en ese tiempo que estuviste fuera, nadie sabe dónde. Debió ser algo terrible para que volvieras tan cambiado... pero no tengo prisa. Cuando tú creas que ha llegado el momento de hablar

de ello, sólo entonces... cuando vuelvas a confiar en mí.

El expelió el humo con violencia.

—No quiero hablar de eso.

—Está bien.

Apuraron los cigarrillos. Ella se tendió de cara al techo, desnuda sobre las sábanas, y murmuró:

—Vuelve a dormir, Tony.

—Estoy desvelado.

—¿Quieres hacer el amor otra vez?

—Claro que quiero, pero mi desvelo no tiene nada que ver con eso.

Ella ladeó la cabeza.

—Entonces échalo fuera de una vez por todas. Sea lo que sea, aléjalo de ti.

—Ojalá fuera así de fácil, sólo que aún no sé cómo alejar del cerebro los fantasmas agazapados dentro de él, los recuerdos que fluyen sin tregua, implacables como la muerte.

—Yo también ignoro cómo conseguirlo, pero estoy convencida que rindiéndose a ellos, renunciando a ahuyentarlos como tú haces, nunca te librarás de lo que sea que te atormentes. Y debe ser algo horrible... algo que las palabras del profesor Vauvil hicieron asomar a tus ojos con una mirada de angustia.

—¡Ese maldito charlatán!

—¿Es que él lo sabe, Tony?

—No, nadie puede saber una palabra de eso. Ni ese aprendiz de brujo siquiera.

Reinó un prolongado silencio. Poco a poco la respiración de la muchacha fue calmándose. Sonaba en la oscuridad suavemente, apacible y tranquila.

El ladeó la cabeza y musitó:

—¿Duermes?

—No, Tony.

—Voy a contártelo.

Ella casi pegó un salto, pero hizo esfuerzos por contenerse y sólo murmuró:

—Bueno, está bien.

El se tomó tiempo, como queriendo ordenar sus recuerdos.

Luego empezó:

—Todo comenzó en realidad hace años, en vida de mi padrastro. El quería que yo trabajara en sus negocios, en las industrias, lo mismo que Artie, pero yo estaba convencido de que en ese trabajo sería un fracaso. En el fondo, él también pensaba más o menos lo mismo, claro. Era muy listo el viejo...

—No comprendo qué tiene que ver eso con...

—Hay que empezar por algún sitio. A mí no me faltaba el dinero, quiero decir que trabajar no era una exigencia ineludible para vivir en mi caso. Artie era el mayor, y además su propio hijo, porque yo era sólo hijo de su segunda mujer. Bueno, él jamás estableció diferencias entre Artie y yo, pero seguía siendo el mayor, así que yo pensé que algo había que hacer para divertirme en este mundo y no acabar convertido en un parásito.

Marcia aguardó en silencio, hasta que Tony prosiguió:

—Me alisté en la CIA sin informar a nadie de ello.

Esta vez, Marcia dio un respingo y contuvo el aliento.

Oyó una sorda risa a su lado antes de que él siguiera adelante.

—Fueron meses de duro adiestramiento, de estudios y prácticas de todo tipo. Mi padre creyó que estaba viajando por todo el país y lo dio por bueno, porque pensó que quizás así sentaría la cabeza y empezaría a trabajar de firme. Y trabajé duro. ¡Cristo! Nadie sabe lo duro que trabajé antes de ser admitido. Después me asignaron un par de misiones para probarme, y todo resultó bien.

—Y todo eso sin sospecharlo nadie...

—Nadie lo supo nunca, ni siquiera el viejo.

—¿Y Artie?

—Tampoco sabe nada. Cuando mi padre murió de repente me autorizaron a venir y quedarme una temporada, para poner en orden mis asuntos, dijeron. Fue... fue cuando tú y yo intimamos. Un tiempo que jamás olvidé.

—Tampoco yo, Tony.

—En realidad, esa especie de licencia la pasé contigo, porque los asuntos tras la muerte del viejo estaban claros. Artie era el heredero principal y a mí me quedaba una renta suficiente para vivir sin preocupaciones, pero nada más; así que todo mi tiempo mientras permanecí aquí fue también tu tiempo, querida.

—Pero entonces te fuiste...

—Recibí un aviso, una orden que no admitía réplica. Y no podía hablarle a nadie de qué era, así que te dejé una simple nota de despedida y me marché. Ojalá hubiera renunciado entonces.

Marcia contuvo el aliento. Presentía que se acercaba el instante en que sabría la razón de la profunda amargura que alentaba en el fondo de los ojos del hombre que amaba.

El tardó en reanudar el relato ahora. A oscuras encendió otro cigarrillo y fumó en silencio unos instantes más.

Luego murmuró:

—Me enviaron a un lugar terrible... Había que recobrar unos documentos de extraordinario valor político que habían llegado a manos de quien nunca debió haberlos visto. Otro agente había fracasado antes, y una mujer, también agente de la CIA, había

desaparecido al intentar conseguir lo que yo iba a emprender.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y volvió a tenderse de cara al techo, al lado de la sobrecogida muchacha, que escuchaba conteniendo hasta el aliento.

—Tuve mucha suerte, aunque yo partía del lugar donde los otros habían fallado, así que tenía ciertas ventajas. En el fondo, el trabajo era sencillo si uno podía introducirse en la fortaleza donde se guardaban los pliegos de documentos. Y yo conseguí entrar sin excesivas dificultades. Una vez dentro... Bueno, las cosas se complicaron. Había un oscuro pasillo con unas escaleras al final. Lo recorrí; todo lo que me quedaba por hacer era subir las escaleras, tomar los papeles y largarme a escape... o quemarlos si me interceptaban. Sólo eso. Pero nunca subí las escaleras.

—¿Por qué?

—Porque allá abajo, a un lado del pasillo, oí el alarido más horrendo que puede proferir la voz humana. Débil, agónico, pero espeluznante.

Su voz se quebró y tardó unos instantes en recobrarlas.

—Era una voz de mujer; cuando me asomé por una puerta abierta los vi. Eran tres hombres, y la mujer estaba sujeta a una mesa, completamente desnuda. O lo que una vez fuera una mujer. Entonces ya no era siquiera un ser humano. Estaba materialmente hecha pedazos, pero aún alentaba y los verdugos seguían torturándola, y ella aullaba sin voz y no le quedaban fuerzas para debatirse... Tenía el rostro destrozado por algún ácido, y su cuerpo... ¡Dios, su pobre cuerpo, roto y macerado!

—Cálmate, Tony.

—No pude soportarlo.

-¿Y...?

—Olvidé la misión, lo olvidé todo. Creo que me volví realmente loco. Disparé y la maté.

Marcia pegó un brinco y quedó sentada en la cama.

—¿Tú... tú la mataste?

—Eso hice. No habría vivido, porque nadie puede vivir después de todo lo que ella había soportado. Luego, disparé sin cesar hasta matar a los tres verdugos, pero los disparos provocaron una alarma general y hube de escapar. No me cazaron de milagro.

—Comprendo.

—Aquella mujer era la agente que habían enviado antes que yo.

—¡Tony!

Ella abatió la cabeza y él aún prosiguió:

—Le hice un favor, porque si la hubiesen dejado con vida ella misma se hubiera pegado un tiro. Pero hundí la misión, desencadené un escándalo... y me expulsaron de la agencia.

Marcia rechinó entre dientes:

—Por lo menos, en eso saliste ganando.

—Ahora ya lo sabes. Ya sabes qué es lo que sigue agazapado en el fondo de mi cerebro. Qué imágenes se agitan en él... Io que veo cuando intento dormirme.

—Yo haré que olvides.

Le abrazó y su boca se hundió entre los labios crispados de él, anhelante y exigente a un tiempo.

Instantes después se hundían de nuevo en el abismo del amor y el deseo.

Así hasta el alba.

CAPITULO VII

El día había amanecido gris y sombrío, con nubes bajas que auguraban lluvia, y con ella el fin del verano.

Tony detuvo el coche delante de la alta portalada del templo y titubeó. Miró arriba y abajo de la calle. Apenas si alguna que otra mujer caminaba apresurada por las aceras. Los coches pasaban indiferentes a su creciente sensación de ridículo.

Al fin se apeó y subió la escalinata despacio, porque tal vez fuera ésa la primera vez que entraba en un templo católico. Y del anglicano, que frecuentara en la niñez de la mano de su madre, ya ni recordaba su aspecto.

El sacerdote era un hombre de edad mediana, ojos vivarachos, cabeza grande y cabellos escasos. Su nariz le pareció a Tony el pico de un pájaro.

El hombre sonrió.

—¿Qué puedo hacer por usted, amigo mío?

Tony titubeó una vez más.

—Ahora que estoy aquí, padre, no creo que pueda hacer nada. Las cosas parecían mucho más fáciles a distancia.

—No comprendo una sola palabra de ese crucigrama —le reconvino el sacerdote, sonriendo.

—Me parece que debo empezar por el principio. Mi nombre es Anthony Farnings.

—¿De los Farnings de la colina, fundadores del pueblo y todo eso?

—Todo eso —sonrió ahora Tony.

—Caramba.

—En realidad, yo soy un descendiente marginal, para decirlo de algún modo. Mi padrastro se empeñó en endosarme su apellido, quizá para continuar la dinastía, pero mi verdadero nombre es Tony Grant.

—Ya había oído hablar de todos ustedes. Y ahora veamos qué es eso que te preocupa, hijo.

—Se trata de alguien a quien conocí ese fin de semana. Quizá usted haya oído hablar de él. Se hace llamar profesor Alexis Vauvil.

El sacerdote dio un respingo.

—Algo ha llegado a mis oídos —refunfuñó—. ¿Y dices que le conociste?

—Sí. Y sucedieron algunas cosas que me intrigan, por no decir que me preocupan profundamente.

—Está bien, adelante.

Rápidamente, con palabras concisas, Tony contó lo sucedido con Vauvil y todo lo demás.

Al terminar dijo:

—El asegura que sus poderes proceden del demonio. ¿Qué opina usted, padre?

—Primero dime una cosa. ¿Eres creyente?

—Mucho me temo que no.

—¿Fuiste bautizado?

—Sí, pero eso es algo que nunca me preocupó.

—Comprendo. No crees ni en el cielo ni en el infierno, si te he entendido.

—Así es.

—En este caso, ¿por qué estás preocupado ante la posibilidad de la existencia del demonio en relación con ese hombre? Es una flagrante contradicción, me parece a mí.

—Mire, yo creo que Vauvil es un farsante. Con poder hipnótico, sin duda, pero un farsante. Sin embargo vi algunas cosas que me intrigan sobremanera, tal como le he contado.

—No cabe duda que debió de resultar algo asombroso.

—Eso es decir poco. He leído algo referente a los endemoniados de la Edad Media, a los exorcismos y los poseídos por el poder del mal. En la mayoría de los casos relatados en esos tratados, en la casa donde moraba el demonio los objetos eran desplazados violentamente de un lado a otro, los muebles se derrumbaban por sí solos, las puertas se abrían violentamente. ¿No es cierto?

—Existen múltiples tratados sobre casos de endemoniados, brujería y exorcismos...

—Bien, ¿cuál es su opinión?

—Me pides casi la cuadratura del círculo, hijo. Vuelve a contarme ese fenómeno de levitación, por favor.

Lo hizo con sumo detalle, incluyendo las palabras pronunciadas por Vauvil, y las que profirió la voz retumbante y ensordecedora. Al terminar añadió: —Ya sé que la levitación no es ningún fenómeno sobrenatural, padre. Por lo menos no es admitido como tal en todas sus consecuencias. Aunque usted debe saber mucho más que yo al respecto, naturalmente.

—Si te refieres a que para conseguir la levitación de un cuerpo se necesitan poderes ultra terrenos, estás en lo cierto. En la Iglesia se han dado casos de hombres con un poder de concentración espiritual tan absoluto que... Pero entiendo que no es eso lo que viste, sino un cuerpo colocado en el aire por otra persona.

—Y previamente hipnotizado, según creo.

—Y con el poder del demonio sosteniéndolo.

—Eso afirmó Vauvil.

—Ya veo... Realmente, ¿crees que un personaje tan serio como Satanás se prestaría a esta clase de juegos?

—En primer lugar, yo no creo nada. He venido a hacerle unas

preguntas absurdas abusando de su amabilidad.

—Pero yo sí creo, hijo. En Dios por encima de todas las cosas. Pero también en el Maligno, y siento un gran respeto por él, y un santo temor. Existe y está siempre al acecho. Incluso estaría dispuesto a creer en algún determinado caso de posesión diabólica. Pero me resisto a creer que ese hombre, Vauvil, posea la facultad de utilizar los poderes de Satán cuando se le antoja. El diablo no se prestaría a semejante y burdo juego. Muy al contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Satanás, Luzbel, Lucifer o como quieras llamarle, es el espíritu del mal absoluto. Su única misión es corromper y obtener la condenación de los seres humanos. Podría darte un curso sobre esta materia para hacerte comprender hasta qué punto es serio todo cuanto se relaciona con el Maligno. Pero me limitaré a decirte algo más concreto. Yo creo que si ese tal Vauvil poseyera ciertas facultades sobrenaturales, el diablo no se mostraría precisamente de acuerdo con él. Sólo los tontos menosprecian el poder del Espíritu del Mal.

—O sea, que en su opinión Vauvil es un impostor, un farsante.

—Yo no he dicho nada tan tajante. Debería conocerle primero para juzgar con conocimiento de causa. Lo que sí afirmo, es que si él cree realmente que puede utilizar el poder del infierno a su albedrío está cometiendo un grave error al provocar, quizá, la ira del Maligno.

—Bien, pero sigue existiendo el misterio de la mesita que se elevó sin que nadie la tocara, y del viento huracanado que estuvo a punto de arrancar los cortinajes, y...

—Psicosinesia —dijo el sacerdote suavemente.

Tony pegó un respingo en la silla.

—¡Eso debió ocurrírseme a mí! Leí algo hace tiempo sobre ese fenómeno, o sea ciencia.

—No es una ciencia en realidad —replicó el sacerdote con buen humor—. La psicosinesia se basa exclusivamente en el poder de concentración mental. Se sabe que el cerebro humano es capaz de emitir poderosas ondas mentales. Concentrando todo el poder de la mente en una dirección, o en un solo objetivo, es posible mover objetos a distancia, transmitir el pensamiento... Naturalmente, hace falta tiempo para obtener esos resultados. Tiempo y voluntad, y ciertas facultades innatas. Puedes consultar a especialistas más expertos que yo en esta materia si lo crees conveniente.

—No creo que sea necesario. Pero ¿y el fuego que ardió de repente en la chimenea por sí solo?

Una lenta sonrisa distendió los labios del sacerdote.

—Piroquinesia.

—¿Qué?

—Piroquinesia —repitió—. Es la facultad de provocar incendios

mediante la mirada, o el poder mental. Se cree que algunos casos de combustión espontánea en personas que han muerto abrasadas han sido provocados por esas mismas personas.

—Entiendo. Ciertamente, me ha ayudado usted mucho, padre.

El sacerdote le acompañó a la puerta, y antes de que Tony se alejara exclamó:

—Déjame decirte algo más, hijo. Ese Vauvil, a pesar de todo, puede muy bien ser un instrumento del Maligno. Pero si no lo es y sólo se sirve del nombre de Satanás para escarnecerlo a su manera, yo no quisiera estar en su pellejo por nada de este mundo.

Tony le dio las gracias una vez más y se alejó, aún confundido, pero seguro por lo menos de que algunos de los misterios que había presenciado en casa de su hermano, podían tener una explicación racional.

Lo que ya no parecía tenerla eran las intenciones del profesor Vauvil.

CAPITULO VIII

El periodista se llamaba Mac Gregor, era un viejo conocido de Tony desde los tiempos de universidad, y entre la reducida plantilla del semanario local tenía fama de sagaz.

También ostentaba la fama de ser capaz de acabar con las existencias de whisky de la población si alguien corría con el gasto.

Echándose atrás en el sillón basculante, se quedó mirando a Tony con el ceño fruncido.

—Naturalmente que sé quién es Alexis Vauvil. También sé que ese último fin de semana estuvo invitado por tu cuñada en una de sus fiestas... de la que hemos redactado un espléndido reportaje.

Tony sonrió.

—Como de costumbre —dijo.

—Ni más ni menos. Sólo que en esta ocasión hay algunos detalles adicionales, Tony. En primer lugar, Vauvil. En segundo lugar, ese fiambre al que alguien tuvo la desdichada ocurrencia de machacarle el cráneo en el jardín de la residencia Farnings.

—¿Sabes si le han identificado ya?

—Seguro. Tenía una pequeña tienda en Marne Street, cerca del puerto. Un hombrecillo inofensivo.

—¿Y qué maldita cosa estaba haciendo en nuestro jardín?

—Eso es lo que lleva de coronilla a nuestros sagaces policías. Ahora, cuéntame por qué te interesa Alexis Vauvil.

—Despertó mi curiosidad por algunas cosas que hizo en el fin de semana.

—También se la despertó a la policía hace tiempo, cuando se estableció aquí, pero no pudieron encontrar nada contra él, así que le dejaron en paz. ¿Qué es lo que quieres saber sobre Vauvil concretamente?

—Todo lo que puedas averiguar por medio de vuestros archivos.

—Casi puedo decírtelo de memoria, puesto que yo me ocupé de ese individuo al mismo tiempo que la policía, aunque hube de soltarlo como una patata caliente.

—¿Llegaste a ver alguna de sus ceremonias?

—¡Ya lo creo que sí! Ha logrado reunir a todo un rebaño de estúpidos seguidores. El es el sumo sacerdote y representa bien su papel. Resulta impresionante si uno renuncia a pensar por su cuenta.

—Cuéntame, ¿qué hacen?

—Invocan a Satanás, por supuesto. Danzan en su honor y se ofrecen a él. Tengo entendido que en ocasiones celebran orgías delirantes, en las que alguna de las mujeres cree ser poseída por el diablo en persona, pero eso no puedo afirmarlo porque yo no lo

presencié. Supongo que sólo deben admitir a los iniciados de su confianza.

—Me gustaría saber cómo obtiene los fondos para mantener su ritmo de vida, sus ceremonias, comprar la casa de los Sherman… ¿Lo averiguaste?

El reportero sacudió la cabeza.

—Nada concreto. Ya te dije que hube de abandonar el asunto como un hierro al rojo. Pero es indudable que los fanáticos que le siguen le proporcionan dinero. Conocí a algunos, encastillados en una creencia absurda, fanáticos hasta la exageración, que lo abandonan todo para seguir a Vauvil.

—Se han dado casos en los que los fanáticos cedían todos sus bienes a los dirigentes de la secta. ¿Puede ser ése el caso de Vauvil?

Mac Gregor se encogió de hombros cachazudamente.

—Bien pudiera ser. Están tan fanatizados que él hace lo que quiere con ellos.

—¿Crees que posee realmente alguna facultad extra sensorial?

—Ahí me has pillado, Tony. Le vi realizar algunos trucos asombrosos, desde luego. Y es capaz de hipnotizar. Pero supongo que la ciencia moderna podría explicar con cierta lógica sus experimentos, aunque en ese aspecto soy un analfabeto.

Tony se inclinó sobre la mesa. Con voz lenta preguntó:

—¿Le viste invocar a los muertos alguna vez?

—Yo personalmente no, desde luego, pero sí algunos de sus fanáticos. Por ellos me consta que celebró sesiones en las que invocaba a los muertos.

—¿Te dijeron si tuvo éxito?

Mac Gregor pegó un respingo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Haces las preguntas como si tú creyeras que pudo tenerlo. ¿Cómo diablos van a acudir los muertos a la llamada de un charlatán?

—Yo no dije que acudieran. Simplemente, te he preguntado.

El reportero se recostó en el respaldo y frunció el ceño.

—¿Te importaría decirme a qué viene todo ese interés? Y todo eso de los muertos. ¿Acaso le viste hacer alguno de esos trucos?

—En cierto modo, sí.

-¿Y qué?

Tony se levantó. Dijo:

—El muerto acudió.

—Tú estás para que te aten.

—No me sorprendería, lo creas o no. Ya nos veremos, Mac.

—¡Eh, espera un minuto, Tony!

Pero éste ya había desaparecido.

Mac Gregor se quedó unos momentos rezongando entre dientes.

Todo aquello comenzaba a preocuparle y su olfato de reportero despertaba, sugiriéndole, quizá, un reportaje escandaloso.

De modo que acabó levantándose y poco después estaba sumergido en los voluminosos archivos del periódico.

CAPITULO IX

Marcia entró en la cafetería más exclusiva de la población con la esperanza de localizar a Tony.

Unicamente vio a Connie Sanders sentada a una mesa, en un rincón. Se reunió con ella, sacudiéndose el agua de su impermeable.

—¿Cómo estás, querida? Está lloviendo a mares...

—¡Marcia, cariño! Ven, siéntate a mi lado.

Se acomodó en el diván rojo. Preguntó:

—Por casualidad, ¿has visto a Tony por aquí?

—¿A Tony? No. ¿Estás citada con él?

—No le he visto en toda la mañana. Pensé que quizá hubiera venido. Antes solíamos vernos aquí de vez en cuando. Connie la observó escrutadoramente.

—¿Es que entre tú y él...?

—¿Qué?

—Bueno, ¿hay algo? Me alegraría mucho que fuera así... ¡Qué pareja más adorable sería!

—Nos queremos, si es eso lo que querías saber.

—No me tomes por una chismosa, Marcia. Ya sabes que nadie te aprecia más que yo.

—Claro, querida.

La camarera acudió solícita. Marcia pidió una bebida refrescante y luego se recostó en el mullido respaldo.

Connie murmuró con tono misterioso:

—He visto al profesor esta mañana.

—¿A Vauvil?

—¡Claro que a él!

—¿Dónde?

—En su templo. Estuve allí. ¡Qué lugar más misterioso, querida! Me puso la carne de gallina.

Soltó una risita entre dientes. Marcia le espetó:

—¿Quisiste verlo en su ambiente?

—Deseaba hablarle tan sólo. Ha sido tan amable... Y he visto cosas asombrosas también. Me ha autorizado a asistir a una de sus ceremonias, esta tarde.

La camarera regresó con la bebida. Connie calló mientras Marcia saboreaba el refresco.

Luego murmuró:

—Me ha prometido experiencias como jamás antes pude imaginar.

—¿Qué clase de experiencias?

—Lo ignoro.

—Yo en tu lugar tendría cuidado, Connie. Ese hombre puede ser

un embaucador, y tú eres una mujer rica… y sola.

—¿Y qué con eso? Jamás creeré que sea eso que dices. Es un hombre adorable, Marcia. Ahora lo sé, después de haberlo tratado en su intimidad.

Marcia la observó preocupada.

Connie añadió:

—Desde que murió Harry, mi marido, hace años, nunca he tenido una experiencia tan excitante como ésta. Te aseguro que no voy a despreciar la ocasión.

—¿Te ha pedido dinero para asistir a sus ceremonias?

—¡Claro que no! Pero si me lo hubiera pedido habría accedido a dárselo. Puedo permitírmelo.

—Está bien, no quiero inmiscuirme en tu vida, Connie, sólo que te ruego lo pienses bien.

—Lo tengo todo pensado. Después de hablar largamente con el profesor, mis ideas son mucho más claras que antes.

Marcia vació el vaso, preocupada.

Después pensó que de cualquier modo aquello no tenía nada que ver con ella. Miró el reloj. Era tarde ya, y sentía una extraña inquietud a causa de Tony y lo que éste le había contado.

Pensaba que era muy lógico que se sintiera traumatizado después de su horrible experiencia.

Minutos más tarde él apareció en la puerta y Marcia se levantó de un salto.

—¡Ahí está! Nos veremos otra vez, Connie.

El la vio cuando avanzaba entre las mesas y salió a su encuentro.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo.

—Yo imaginé lo mismo.

—Comeremos juntos. ¿Cómo se encuentra Connie después de su experiencia?

—Ni lo creerás, pero Vauvil ha ganado otra adepta.

El enarcó las cejas.

—¿Connie?

—Ajá. Estuvo a visitarlo esta mañana y por lo visto !e ha dado toda una conferencia. Esta tarde va a asistir a una de sus misas negras.

—Está chiflada. Y tiene demasiado dinero, que supongo que es lo que Vauvil persigue.

—Ella asegura que el profesor no le ha pedido ni un centavo.

—El no quiere centavos. Ya le llegará el turno. Bueno, sentémonos aquí.

Se acomodaron, hicieron el pedido a la elegante camarera, y al fin ella preguntó:

—¿Qué estuviste haciendo toda la mañana?

—Anduve por ahí. Visité a un sacerdote católico, a un periodista amigo mío y a la policía. A propósito, ya han identificado al hombre asesinado.

—¿Quién era?

—Se llamaba David Levine. Poseía una pequeña tienda cerca del muelle, en una calle poco recomendable.

—¿Qué podía buscar un hombre así en el jardín de la residencia, Tony?

—Nadie lo sabe.

El desvió la mirada cuando Marcia intentó captar la expresión de sus ojos.

—Y tú, ¿qué piensas? —le espetó.

—Nada. Ese es trabajo de la policía.

—Pero por lo que me contaste anoche, tú también eres un experto. Con seguridad, mucho más experto que nuestros policías brillantemente uniformados, pero muy poco profesionales.

—Si imaginas que me propongo hacer su trabajo, olvídalo.

Callaron mientras les servían la comida. Después se dedicaron a saborear los guisos en silencio, mirándose de vez en cuando, como maravillados de hallarse juntos en la misma mesa. Juntos y solos.

Fue al terminar que él confesó:

—Estuve en la tienda del muerto.

Marcia parpadeó.

—¿Qué tienda? Oh, te refieres a «esa» tienda. ¿Para qué?

—Primero sólo pensaba hacerme una composición de lugar, conocer el ambiente en que ese hombre había vivido. Es increíble, porque la tienda es un sucio cuchitril en una calle más sucia todavía, estrecha, sombría y pestilente. No puedo ni imaginar qué buscaba en nuestro jardín un hombre como ése, un hombre capaz de vivir en aquel pudridero.

—¿Qué piensa la policía sobre eso?

—Si piensan algo no me lo dijeron.

—Ahora dime qué opinas tú.

Tony refunfuñó entre dientes.

Dijo de modo desconcertante:

—¿Recuerdas las palabras que pronunció Connie durante su estado de levitación?

—No creo que las olvide jamás.

—Algo sobre asesinatos...

—Sí. Sangre y veneno, lo recuerdo.

—Bueno, en la tienda miserable de ese individuo se vende de todo, es un revoltijo increíble.

—¿Y qué?

—Hay allí toda clase de venenos contra las ratas. Y productos aún

más venenosos que ésos y que cualquiera puede comprar sin ningún trámite.

Marcia desorbitó la mirada.

—¿Insinúas...?

—Nada, no insinúo nada. Me limité a constatar un hecho.

—Pero asociando eso a la presencia del hombre en el jardín y a las palabras terribles que brotaron de la boca de Connie, cualquiera pensaría que había estrecha relación entre unos y otros hechos.

—Tal vez la hubiera. Pero si te detienes a pensarlo, nosotros sólo sabemos de un asesinato, el del hombre del jardín, y en el que hubo sangre. ¿Cuál fue el otro en el que se utilizó veneno si hemos de creer lo que Connie dijo?

Marcia no supo qué responder.

El rostro de él estaba sombrío, con una expresión ceñuda que preocupó a la muchacha.

Al fin, ésta murmuró:

—Tengo la impresión de que tú tienes alguna idea concreta sobre todo esto, Tony.

—¿Quién te crees que soy, Sherlock Holmes?

Ella sonrió.

—Nunca me entusiasmó ese inglés drogadicto y violinista. Prefiero a nuestro sencillo Philip Marlowe, lo creas o no.

—Bueno, de cualquier modo yo no soy ninguno de los dos. Pero sigue intrigándome la intervención de Vauvil precisamente en la noche en que alguien mató a ese individuo. Mientras alguien no me demuestre lo contrario, me resisto a creer en la participación de los espíritus en todo este asunto.

—Ante dijiste que también estuviste en una iglesia católica. ¿Por qué fuiste allí?

—Eso sirvió para convencerme de que Vauvil es un impostor. El buen sacerdote me aclaró algunos puntos.

Explicó lo que habían hablado y las conclusiones relativas a la telequinesis y piroquinesis, añadiendo: —Dando por sentado que el sacerdote tuviera razón, eso explicaría los fenómenos que presenciamos.

—Pero también demostraría que Vauvil posee unos poderes extraordinarios...

—Facultades, querida, no poderes. Son dos cosas muy distintas que conviene tener claras si hemos de comprender lo que vimos.

Tras una pausa la muchacha indagó:

—¿Piensas seguir haciendo averiguaciones por tu cuenta?

—No creo que eso tuviera objeto alguno. A menos, claro está, que suceda algo más que en estos momentos ni siquiera podemos imaginar.

—¿Otra demostración del profesor?

—¡Al diablo con él!

—Entonces, ¿qué?

Tony esbozó un gesto impaciente.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Y cambiemos de tema, por favor.

Ella asintió.

No hablaron durante unos instantes.

Luego, Connie se acercó a su mesa, radiante.

—Ya te contaré lo que pase esta tarde, querida. ¡Estoy tan emocionada...!

Tony gruñó:

—Esta mujer es el candidato ideal para ser desplumado por un tipo como Vauvil. Vámonos de aquí, querida, y al diablo todo lo demás.

—¿Adónde quieres ir esta tarde? Está lloviendo a chorros.

—Tengo el coche en la puerta. Iremos al refugio de la playa si no tienes nada que oponer.

Ella se levantó de un salto. Sus ojos relucían.

—¿Oponerme? Tú estás loco. ¿A qué esperamos?

Se fueron tan aprisa como si les persiguieran.

Tal vez fuera el deseo lo que les acuciara...

CAPITULO X

Leyla se removió en el lecho, inquieta por el tumulto de sus pensamientos. O quizá fuera la lluvia, que golpeaba contra la ventana, mientras el viento aullaba, lastimero, quejándose a la noche.

Fuera lo que fuere no podía conciliar el sueño.

Era una ventaja dormir sola en una habitación separada de Artie. Podía dormir o no, revolverse en la cama o fumar un cigarrillo sin que él empezara a hacer preguntas idiotas sobre esto y aquello.

Al fin empezó a mecerse dulcemente en el sueño. Eso estaba bien y al diablo la lluvia y el viento. Se hundió poco a poco en la inconsciencia y luego, de pronto, volvió a despertar y por unos instantes quedó rígida en la cama.

Escuchó la inesperada tormenta del fin del verano que se había desatado durante el día, forzándose a creer que había sido la lluvia contra los cristales lo que la había despertado.

Sin embargo, una viscosa sensación como no sintiera jamás la hizo sufrir un largo y helado escalofrío.

Estaría bueno que empezara a creer en las pesadillas…

Murmuró un juramento entre dientes, enroscada bajo las sábanas, forzándose a mantener los ojos cerrados en espera de que el sueño acudiera de nuevo a su llamada.

Pero estaba inquieta, hubo de reconocerlo. Sin saber por qué estaba inquieta. Tenía una sensación extraña, algo como si… como si…

Eso era. Como si no estuviera sola en el cuarto. Como si alguien más respirara allí dentro.

Alguien cuya maligna presencia hubiera roto su sueño.

Se revolvió en el lecho.

La sensación de una presencia extraña no la abandonaba.

Al fin, enfurecida consigo misma, encontró el valor suficiente para abrir los ojos. Todo era oscuridad y silencio dentro de la habitación. Fuera, como contraste, retumbaba la lluvia.

Moviendo apenas la cabeza paseó la mirada en torno, por las tinieblas. Experimentaba una curiosa sensación de irrealidad, como si estuviera sumergida en una dimensión neutra y desconocida.

Entonces lo vio y todo el espanto de este mundo se coló en sus nervios, en sus venas, paralizándola y helándole la sangre.

Eran dos puntos rojizos suspendidos en la negrura, como pupilas diabólicas mirándola fijamente, sin parpadear.

Empezó a temblar espasmódicamente. Sus ojos adaptados ya a la oscuridad captaron los contornos de una figura más negra que las tinieblas, una silueta imprecisa, y la mirada infernal estaba a la altura

de la cabeza de un hombre y seguía mirándola con hipnótica fijeza.

—¿Quién...? —jadeó.

Su voz se quebró. No podía hacer otra cosa que seguir mirando aquella otra mirada del infierno que la dominaba, horrorizándola al mismo tiempo.

Le pareció que el tiempo se había detenido.

Que su propia sangre dejaba de circular por sus venas. Y luego el susurro:

—«Al fin he vuelto, maldita. Nunca... nunca te librarás de mí...»

Repentinamente, un relámpago culebreó más allá del ventanal. Un brevísimo estallido de luz blanca inundó la estancia y recortó de modo siniestro la silueta erguida y negra.

Los ojos demoníacos pertenecían a la aparición.

Fue entonces que recobró la voz. Emitió un aullido como una bestia herida, un grito terrible que vibró como un clarín.

Aún estaba gritando cuando la luz del relámpago se desvaneció, pero a ella le pareció que seguía viendo la sombría figura de la muerte.

Unos golpes en la puerta retumbaron como martillazos y la voz de Artie gritó:

—¡Leyla! ¿Qué te pasa? ¡Leyla!

A ella le castañeteaban los dientes.

Artie forcejeaba en la puerta. Oyó confusamente la voz de Tony que preguntaba algo a gritos, aproximándose.

Artie aulló:

—¡Leyla!

Su mirada desorbitada buscó la aparición, pero ya no estaba allí. Los ojos fosforescentes se habían desvanecido en la nada.

Entonces recordó que había cerrado la puerta con llave. Artie la sacudía, frenético.

Se deslizó fuera de la cama, temblando, hipando de terror. Dio vuelta a la llave y retrocedió.

Los dos hombres quedaron enmarcados en el umbral. Artie exclamó:

—¡Tu manía de cerrar la puerta! ¿Por qué gritaste de ese modo?

Ella sacudió la cabeza.

—No sé, tuve una pesadilla horrible. Supongo que fue por eso...

—¿Por una simple pesadilla aullaste como si te mataran?

—Creí ver a alguien diabólico a los pies de mi cama. Algo como nunca antes me había sucedido.

Tony gruñó:

—¿Qué fue exactamente lo que creíste ver?

—No lo sé. Algo más negro aún que la oscuridad.

Artie se reunió con ella, sentándose en el borde del lecho, a su

lado.

—Esa manía tuya de dormir sola, y cerrar la puerta con llave, nos dará un disgusto el día menos pensado, querida.

Había encendido la pequeña luz de la mesilla. Tony dio vuelta a la llave de la pared y la gran araña del techo resplandeció, disipando hasta la última de las sombras.

Dio una vuelta por el cuarto examinando el suelo, y luego la ventana.

Artie refunfuñó:

—¿Qué diablos estás buscando?

—Bueno, llueve a mares ahí fuera. Si hubiera entrado cualquier intruso debería estar empapado, de modo que quedarían huellas mojadas suficientes para delatarle.

Artie le miró estupefacto.

—¿Es que crees realmente que alguien ha entrado en la habitación de Leyla? Pero hombre, si no ha sido más que una pesadilla. ¿Cómo vas a encontrar huellas?

—Desde luego, no hay ninguna.

—¡Pues claro que no!

Tony dirigió una mirada aguda y fugaz a la mujer acurrucada ahora junto a su marido.

—Está bien, me voy a mi cuarto. Buenas noches.

Salió y cerró la puerta suavemente, pensativo. Había una intrigada expresión en su rostro mientras se dirigía a su habitación. Cuando se encerró en ella encendió un cigarrillo y, tendiéndose en la cama, dejó que sus pensamientos fluyeran libremente.

No le gustaba nada de cuanto danzaba en su mente.

Pero le gustase o no, los pensamientos estaban allí, tenaces, sombríos, sugiriéndole descabelladas ideas.

¿O no eran tan descabelladas después de todo?

No pudo volver a pegar ojo en el resto de la noche.

CAPITULO XI

El viejo doctor Anderson se quedó mirando a Tony como si estuviera ante un marciano.

—¿A qué viene eso a estas alturas, Tony?

—Bueno, doctor, de pronto se me ocurrió que nunca había hablado con usted sobre la muerte de mi padre.

—Pues sí que es un tema divertido de conversación. El murió, ¿qué importa todo lo demás?

—Yo estaba fuera de Farmington entonces. Cuando llegué aquí ya lo habían enterrado, así que ni siquiera pude verle muerto.

—Eso fue lamentable, naturalmente.

—¿De qué murió exactamente, doctor?

El viejo enarcó sus pobladas cejas.

—Caramba, Tony, eso lo sabe todo el mundo. Deben habértelo dicho, aunque llegaras tarde para el entierro.

—Todo lo que oí decir fue que había sido el corazón.

—Ni más ni menos. Una coronaria como una catedral. Fulminante. Es la muerte más limpia que existe, si vale mi opinión. Por lo demás, tu padre siempre había estado bordeando el infarto entre su maldito carácter y la actividad que desarrollaba.

—Ya veo...

—¿Se te ocurre algo más? Tengo un trabajo endemoniado esta mañana.

—Otra cosa, aún a riesgo de abusar de su condescendencia.

El médico suspiró.

—Bien, adelante. Ya que todos vosotros estáis apestosamente sanos, por lo menos tengo la oportunidad de conversar con un miembro de la familia.

—Hace algún tiempo sucedió un caso extraño en Nueva York. Yo estaba allí entonces y tenía amistad con un oficial de policía. El me contó lo que descubrieron.

—¿Y...?

—Es sólo curiosidad, doctor, pero nunca he podido olvidarlo. El caso fue que un hombre murió, aparentemente de un infarto. El médico certificó las causas de su muerte sin dudarlo un segundo, porque los síntomas eran clarísimos. Además, el hombre tenía antecedentes cardiopatológicos.

—Como tu padre, poco más o menos.

—Algo así. Pero en aquel caso, su mujer pidió que le fuera practicada la autopsia.

—¿Basándose en qué?

—Ella manifestó que de unos días a esta parte, hasta su muerte, el

hombre se había mostrado asustado, nervioso. Le hicieron la autopsia.

—¿Y qué encontraron?

Tony suspiró.

—Veneno —dijo suavemente.

- El doctor se enderezó en el sillón.

—¿Qué clase de veneno?

—Eso es lo que no supe y siempre me ha intrigado. ¿Es que existe algún tóxico cuyos efectos induzcan a pensar en un ataque cardíaco, doctor?

Este le observó con el ceño fruncido.

—Tal vez algún derivado del curare en dosis mínimas. O mejor aún, a mi entender, todos los derivados de la *muscalina*. Ese tóxico paraliza los músculos, y el corazón no es más que un músculo, como ya sabes.

—¿Y .no se puede detectar con un simple examen?

—Difícilmente, sobre todo si el fallecido tenía ya un historial clínico cardiopatológico. En este caso el médico certificaría la muerte natural con toda seguridad.

—Supongo que esos tóxicos, la muscalina por ejemplo, no son fáciles de encontrar en el mercado.

—En su estado puro, por supuesto que no. Son mortales de necesidad. Pero existen en otras varias formas y para distintos fines perfectamente legales.

—¿Cómo se llaman los más corrientes, doctor?

—Pero, bueno, Tony, ¿te propones envenenar a alguien o qué diablos tienes en la cabeza?

El se echó a reír.

—Si me decidiera a administrar una dosis de veneno a alguien, doctor, sería sólo en defensa propia, como dicen en los tribunales.

—¡Vaya sistema!

—¿Conoce usted el nombre de alguno de esos derivados de la muscalina?

—Y dale con eso. Bueno, hay uno cuyo nombre es «Muscaradio Dos». El más corriente a mi entender.

—¿Mortal?

—De necesidad.

Tony se levantó sonriendo.

—Me ha ayudado usted mucho, doctor.

—De eso quisiera estar seguro.

*

Artie soltó una sarta de juramentos.

—Forzosamente has perdido la chaveta, Tony —exclamó

encolerizado—. Eso es una sucia profanación y no voy a prestarme a ella.

—Entonces me obligarás a conseguirlo por otros conductos, Artie, cosa que deseaba evitar para no provocar tanto revuelo.

—Muy considerado de tu parte —gruñó con sarcasmo—. No deseas provocar revuelo y te propones solicitar una orden de exhumación del cadáver de nuestro padre. Qué crees que provocarás con eso, ¿una oleada de simpatía y comprensión?

Tony suspiró.

—Artie, voy a conseguirlo estés o no de acuerdo.

—Pero, ¿por qué, maldita sea mi estampa? Eso es lo que no comprendo. ¿Por qué, si es que lo sabes?

—Porque tengo el convencimiento de que el viejo murió envenenado. Llámalo corazonada si quieres, pero estaría dispuesto a jurarlo.

Artie le miró boquiabierto, incapaz de hablar.

—¿Envenenado? —jadeó al fin—, Y tú tienes una corazonada... Tony, olvídate de esa estupidez. ¿Quién demonios pudo administrarle el veneno, quién se beneficiaba con su muerte?

—Espera un minuto.

—Yo!

—Artie, por favor...

—¡Sólo yo entraba en posesión de su fortuna, de sus industrias, de su poder e influencia! Así que yo le asesiné. Estupendo razonamiento a fe mía. No comprendo cómo no te he arrojado ya por la ventana.

—Tómalo con alma. Yo también heredé.

—Una asignación de por vida. El te ingresaba poco más o menos lo mismo en vida, así que no ganaba mucho era yo. Anda, acúsame, tipo listo.

Tony le sostuvo la iracunda mirada unos instantes.

Luego, suavemente, murmuró:

—No fuiste tú sólo a beneficiarte con su muerte.

—¿De veras que no?

—Mientras él vivió, Leyla no pudo tocar un centavo de la fortuna.

Artie se puso rojo.

—Ahora has llegado demasiado lejos...

Volteó el brazo y le sacudió un puñetazo que le arrojó de espaldas contra la pared. Allí, Tony se deslizó al suelo aturdido, sacudiendo la cabeza.

—Sabía tu antagonismo con Leyla, pero jamás pensé que fueras tan vil como para... para acusarle poco menos que del asesinato de nuestro propio padre.

Tony se levantó acariciándose el mentón.

—Si crees que eso me divierte...

—¡Largo de aquí, fuera!

—Está bien.

—¡Y no vuelvas jamás! Hemos terminado.

Tony aún ladeó la cabeza y le miró apesadumbrado. Sacudió la cabeza y abandonó el lujoso despacho.

Durante las horas siguientes estuvo endiabladamente ocupado moviéndose de un lado a otro.

Cuando al fin se dio por satisfecho estaba más seguro que nunca de que ahora tenía la verdad, y eso le proporcionó una extraña e inquietante sensación.

En realidad, tenía en sus manos la vida y la muerte.

CAPITULO XII

El profesor Vauvil estaba solo cuando uno de sus fanáticos le anunció la visita de Tony Grant.

—Hágale entrar. Y cierre la puerta.

Tony entró y se detuvo al oír chirriar la llave a sus espaldas...

-—¿No son demasiadas precauciones para un hombre que dispone de sus poderes, profesor?

—Mi asistente asegura así que nadie nos molestará. ¿En qué puedo ayudarle, señor Grant?

—A mí, personalmente, en nada.

—Entonces, ¿a qué ha venido? Estamos a punto de celebrar una de nuestras más importantes ceremonias y no dispongo de mucho tiempo.

—Me parece a mí que sus ceremonias han terminado, profesor. De ahora en adelante habrá de practicar sus trucos en la cárcel, ¿sabe?

Los ojos malignos de Vauvil chispearon llenos de ira.

—Debe haberse vuelto loco, señor Grant.

—Lo dudo. ¿Sabe usted? Yo nunca creí en sus explicaciones. Me impresionaron sus trucos, qué duda cabe. Pero después hice algunas averiguaciones y alguien me habló de psicosinesia, telequinesis, piroquinersis y levitación. Y de concentración mental y otras lindezas, y comprendí que era usted un farsante. ¿Por qué diablos no se dedicó a exhibirse en el teatro en lugar de convertirse en estafador... y casi en asesino?

Vauvil se levantó poco a poco, lívido de cólera.

Antes que pudiera hablar, Tony añadió:

—No creo que le condenen a muchos años de cárcel. Usted es sólo un embaucador muy hábil, sólo que ha querido abarcar demasiado.

—No sabe usted nada de nada. Ni lo podrá probar jamás, Grant. Todo lo que conseguirá será hacerme propaganda.

—¿De veras cree eso? Entonces ya me contará cómo va a justificar ante la policía su afirmación de que no conocía al hombre muerto en el jardín, cuando es bien sabido que formaba parte de su corte de adoradores. Fue él quien le informó de que una dama muy elegante había adquirido cierto tóxico en su tienda, de modo que sólo le faltó averiguar quién era la mujer para atar cabos... sobre todo cuando mi padre murió tan repentinamente.

—Palabras, amigo mío. Sólo palabras. En cualquier caso habrá de acusar a su cuñada por esa muerte.

Tony rechinó los dientes.

—Creo que debe usted saber que ha sido practicada la autopista al cadáver de mi padre. Hay restos de veneno en el cuerpo, un derivado

de la *muscalina*, que fue lo que Leyla compró en la sucia tienda de David Levine, su fiel seguidor. Comprándolo en un lugar como aquél, ella pensó que nadie sospecharía jamás.

—Más a mi favor. Acúsela a ella, Grant.

—Eso está hecho... en cuanto a la muerte de mi padre. Pero usted va a cargar con el asesinato del tendero, aquella noche en nuestro jardín. Ese crimen fue cometido por un hombre, no por una mujer.

—Está equivocado. Una mujer pudo matarlo igualmente.

—Pero lo hizo usted. ¿Por qué, Vauvil, el hombrecillo quería tomar parte en el gran negocio?

Vauvil suspiró.

—Nunca conseguirá una sola prueba contra mí, Grant, porque no existen. Voy a decirle la verdad y me importa un cuerno que lo crea o no.

—Adelante, hay tiempo.

—Se equivoca, pero no importa. Supe lo del veneno por ese tendero, tal como usted ha dicho. Después hice averiguaciones y descubrí todo lo que había que saber respecto a la mujer que lo había adquirido, y justo en aquellos días el viejo señor Farnings murió repentinamente.

—Y usted sumó dos y dos, basándose en lo que sabía de la mujer.

—Así fue. Para entonces, el hermano mayor entró en posesión de las inmensas riquezas del viejo. Eso era lo que la esposa ambicionaba y ya lo había conseguido. Andando el tiempo seguramente obtendría mucho más... cuando quedara viuda.

—¿Qué diablos...?

—Oh, ella tiene grandes ideas, señor Grant. Yo lo sé porque tengo capacidad para leer el pensamiento de la gente si me dan tiempo y oportunidad.

—Ya veo...

—Decidí que esa fortuna, o una buena parte de ella, estaría mejor en mis manos que en las suyas. Pero debía moverme con mucha cautela, usted sabe. Es una mujer peligrosa. Me costó mucho lograr que me invitara a una de sus famosas fiestas de fin de semana y aproveché esta ocasión para realizar mi primer paso.

—Comprendo, las palabras de Connie.

—Ni más ni menos. Pude observar cómo acusaba el golpe, pero logró dominarse, disimular... Luego, esta noche pasada logré, no sin esfuerzo a causa de la tormenta, infiltrar imágenes inquietantes en su mente aturdida de sueño.

Tony pegó un brinco.

—¡Lo que ella creyó ver...!

—Así es. Lo vio y oyó. Una nueva acusación. Yo sabía que sus nervios cederían tarde o temprano y entonces acudiría a mí.

—Y sería su oportunidad de desvalijarla.
—Dicho así suena muy mal, amigo mío.
—¿Quién mató al tendero, Vauvil?
—Su cuñada, Grant. Una mujer esbelta, fuerte como ella, puede manejar una barra de hierro. Y la cabeza de un hombre no es demasiado dura después de todo.
—Así que usted es inocente como una blanca paloma...
Vauvil se echó a reír.
—Sería más propio compararme con un cuervo. Pero si no he cometido ningún delito que sea factible de probarse.
—Ya lo veremos. Voy a hundirle, Vauvil, aunque sólo sea porque usted pudo salvar la vida de mi padre y calló como un zorro en espera de los acontecimientos.
—¿Cómo podía saber...?
—Sus poderes.
Se echó a reír.
—Excepto algunas facultades extrasensoriales, todo lo demás es tramoya, pura tramoya.
De pronto miró el reloj. Tony dijo con sarcasmo:
—¿Tiene prisa por llegar a alguna parte?
—Debo cumplir mi compromiso con los fieles. La ceremonia no puede suspenderse por ningún motivo.
—A propósito, ¿cuánto piensa sacarle a Connie?
—Aún no lo he calculado. Cien mil dólares, quizá.
Tony sacudió la cabeza.
—Y que esos idiotas sigan creyendo en usted...
—Continuarán fieles mientras yo quiera. Luego, con el tiempo, me iré a otra parte, a otro país. Levantaré otra comunidad con más facilidades que ahora, porque también más dinero.
—Siga soñando. Esta vez ni sus demonios particulares podrán evitarle la catástrofe que se avecina. La policía ya debe estar en camino a estas horas.
—No lo creo. Usted ha querido venir primero para confirmar sus sospechas ante todo.
—Allá usted.
—Voy a concederle el privilegio de asistir a mi más importante ceremonia.
—Puede ahorrarse el trabajo esta vez.
Inesperadamente, en la mano de Vauvil apareció una pequeña pistola, y la mano que la empuñaba era tan firme como una roca.
—No quiero matarle todavía, Grant, además detesto la violencia, y las molestias de librarse de un cadáver. Horrible. Así que pórtese bien y vuélvase de espaldas para que pueda atarle las manos.
Encogiéndose de hombros, Tony obedeció. Aún quería saber más

de aquel misterio, y de la intervención de Vauvil en la siniestra maquinación de Leyla…

El golpe en la nuca le derribó en medio de un estallido de dolor. Se sintió caer muy hondo, en un pozo negro y sin fondo.

Después ya no sintió nada.

CAPITULO XIII

Abrió los ojos y un desagradable zumbido estalló en su cabeza.

Por unos instantes el rostro diabólico de Vauvil danzó ante su mirada, hasta que se aquietó definitivamente.

Ahora, el farsante se cubría con una brillante túnica negra que le llegaba flotando hasta los pies. Una llama de bordado rojo campeaba sobre su pecho, y bajo ella unos signos cabalísticos aparecían bordados en oro.

Tony descubrió que estaba firmemente atado y que una mordaza casi le ahogaba. Vauvil le había sujetado a una argolla fija en la pared.

—¿Ve usted esta mirilla, Grant?

Asintió con un gesto.

Vauvil sonrió, sarcástico.

—A través de ella podrá presenciar la ceremonia. Verá aullar de fanatismo diabólico a mis «fieles», a ese rebaño de tontos que hasta ahora me ha proporcionado una pequeña fortuna.

Calló mientras se calzaba unos guantes blancos, que contrastaban vivamente con la negrura de la flotante túnica.

Como despedida dijo:

—Cuando la ceremonia haya terminado usted morirá, Grant, y su cuerpo desaparecerá. Yo perderé la fortuna de su cuñada si es cierto lo que usted me ha contado. Pero queda Connie Sanders, y otras muchas mujeres ricas y crédulas. ¿Sabe usted? Sólo los tontos creen realmente en el diablo y eso es muy conveniente para mí.

Se dirigió a la puerta de sólida madera. Antes de salir aún dijo como despedida:

—Observe, Grant. Es el último espectáculo que verá usted en este mundo.

Salió, y los cerrojos rechinaron en la parte exterior de la puerta.

Tony ladeó la cabeza. A través de la mirilla vio a más de cincuenta hombres y mujeres cubiertos con túnicas negras que formaban pequeños grupos en lo que antes fuera un gran salón.

Sus túnicas carecían de distintivo alguno, en contraste con la ricamente bordada de Vauvil.

Hubo un movimiento de expectación cuando éste apareció allá abajo, y caminó majestuosamente hacia la piedra negra que servía de altar.

Desde aquella distancia, Tony no oía más que un sordo murmullo y sobre éste la voz dominante de Vauvil, seca en sus invocaciones.

De vez en cuando resonaba, más poderosa, para invocar el nombre siniestro:

—¡Satán!

Levantaba los brazos hacia el altar y seguía desgranando su melopea, más ronca cada vez. La multitud le escuchaba fascinada y Tony no pudo menos que recordar las palabras del sacerdote.

Vauvil no creía en nada. Ni en el demonio que tanto invocaba.

Tal como dijera el buen sacerdote, aquello en cierta forma era un escarnio.

De pronto se hizo el silencio absoluto. La voz retumbante de Vauvil retumbó más fuerte que nunca. Luego calló y su cuerpo parecía rígido, como concentrado en mismo, las manos extendidas sobre el altar negro.

Tony comenzaba a cansarse de tamaña estupidez cuando aquello sucedió.

Primero fue como un súbito trueno, una voz colosal, de un poder inenarrable retumbando entre los muros. La puerta crujió bajo el embate del terrible sonido insoportable.

Por la mirilla Tony vio temblar a los fanáticos, estupefacto, mientras la oleada de voz retumbaba estremeciendo las paredes. Le pareció que el propio Vauvil miraba alrededor atemorizados.

Y entonces, en el cénit de la locura que aquella voz significaba al lacerar salvajemente los tímpanos, Vauvil emitió un aullido tan increíblemente atroz que casi emuló el otro sonido.

El propio Tony gritó horrorizado, porque allá abajo, del suelo en torno a Vauvil, se alzaban rugientes llamaradas coronadas de humo negro, y las llamas prendían en la túnica, en la propia carne del farsante con un espeluznante chisporroteo mientras el huesudo cuerpo se retorcía con frenesí y ardía como una antorcha, al tiempo que la voz retumbante se apaciguaba hasta extinguirse, y los fanáticos adoradores del diablo se lanzaban en frenética desbandada hacia la salida.

Tony no podía creerlo, pero las llamas estaban allí como surgidas de la boca de un volcán, implacables, rugientes, tenaces hasta consumir el cuerpo huesudo del farsante que ya no existía.

Aún bramaban las llamas cuando la policía irrumpió en la casa, a tiempo de cazar a los rezagados fugitivos.

Tony se echó atrás.

Ahora sabía que el sacerdote había tenido razón en cuanto dijera.

Ahora, por fin la pesadilla había terminado.

Tardaron media hora en localizarle y una vez libre, se escabulló tan pronto pudo.

Marcia estaba esperándole.

El amor estaba esperándole, ciertamente.

FIN